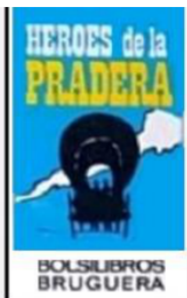
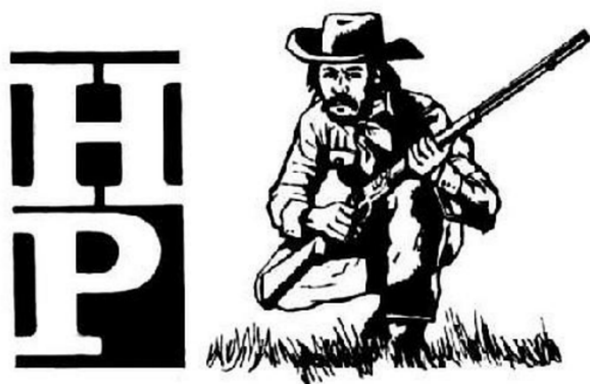


EL SEÑOR "COLT"

Silver KANE



HEROES DE LA PRADERA



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.319. — El sheriff y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.524. — Asesino a precio fijo.

En Colección SALVAJE TEXAS:
736. — Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:
665. — Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:
1.014. — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:
502. — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección COLORADO:
637. — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:
751. — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:
947. — Una tumba en Manhattan.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:
565. — La ruta de los tres infiernos.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:
76. — Mariposas negras.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:
15. — Un «Colt», una mujer y un diablo.

En Colección BRAVO OESTE:
1.034. — Negra es la noche.

En Colección LA HUELLA:
80. — Manchas de sangre en los ojos.



Silver Kane

EL SEÑOR «COLT»

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 567
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 27384-1980

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: noviembre, 1980

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Kelly entreabrió un momento los ojos y los vio. Los buitres estaban allí apenas a una docena de pasos, mirándole con sus ojos espantosamente inmóviles. Sus figuras de un siniestro color gris-negro se recortaban a la luz incierta del anochecer.

Kelly fue a ponerse en pie.

Se sentía débil, pero podría salir de allí. Después de todo, había tenido la suerte de recobrar el conocimiento a tiempo, antes de que los buitres saltaran sobre él.

Fue a ponerse en pie.

Las piernas le fallaron, pero volvió a intentarlo.

«Calma, muchacho —se dijo a sí mismo—. Vas a salir de aquí… Vas a salir de aquí…».

Fue a alzar las manos para ayudar al impulso que iba a dar con sus piernas.

Y de pronto, se dio cuenta de algo extraño y estremecedor a la vez. Sus manos estaban sujetas a unas argollas, y las argollas a una gruesa cadena que pasaba por detrás del tronco de un árbol. Se encontraba tan prisionero como si lo hubieran metido dentro de una caja de hierro.

Kelly se estremeció.

Miró a los buitres, que parecían haber comprendido su situación. Kelly hubiera jurado que los ojos de aquellos repulsivos bichos eran burlones. Se daban cuenta de que no podría escapar y esperaban su momento. Al principio, Kelly chillaría, los espantaría con sus pies, pero poco a poco iría perdiendo sus fuerzas y acabaría por caer desvanecido. Entonces los buitres se darían el festín.

El joven volvió a cerrar los ojos.

No quería pensar en lo que sentiría cuando empezase aquello.

Cuando los picos de los buitres le sacaran los ojos y desgarraran su cuerpo en vivo.

Oyó un aleteo casi sobre su cabeza.

Uno de los buitres, más impaciente que los otros, había atacado ya al ver que su víctima quedaba inmóvil.

Kelly alzó rabiosamente las piernas al cielo.

—¡Fuera de aquí, maldito! ¡Fueraaa…!

El buitre graznó rabiosamente y pasó rozando casi la cabeza de Kelly, que hizo un gesto de repulsión. Al fin terminó posándose junto con los otros.

Kelly suspiró desalentado, sintiendo en los labios el roce áspero de la arena.

Estaba en una especie de hondonada con las paredes cortadas a pico. No eran muy altas, pero a causa de su estructura daban la sensación de estar hundido a gran profundidad. Según cómo se mirara, aquello no era más que una ancha tumba.

Y los buitres se iban amontonando en sus bordes, mirándole con ojos codiciosos.

Kelly aulló:

—¡Largo de aquí, condenados! ¡Fuera, hatajo de malditos!

Los buitres ni se inmutaron.

Eran inteligentes y sabían que Kelly, por mucho que chillara, no iba a escapar de allí.

Lo tenían a su merced.

Kelly los contó maquinalmente. No supo bien por qué lo hacía, pero quizá fue por un deseo morboso de aumentar su suplicio. Eran veinte. Cuatro más llegaron volando lentamente e hicieron las dos docenas.

En cualquier momento podían decidirse a atacar.

Y cuando lo hicieran, Kelly no tendría salvación. Podría rechazar a dos o tres, pero los otros le devorarían vivo.

—¡Fuera! —aulló otra vez, sintiendo que la repulsión le dominaba—. ¡Fueraaaa…!

Sabía que los gritos asustan a los buitres, pero esta vez no sirvieron de nada. Los pajarracos siguieron silenciosos y expectantes. Un par de ellos movieron las alas como si fueran a atacar, pero al fin se limitaron a cambiar de posición, manteniéndose a la espera.

Kelly intentó dar un frenético tirón a las argollas para romperlas, aun a riesgo de destrozarse las muñecas.

Pero era inútil.

Terminó cayendo, con todo el cuerpo dolorido, resbalando sobre la arena.

Los buitres emitieron una especie de gorgoteo satisfecho.

Y entonces sí que Kelly se sintió perdido. Entonces sí que supo que iba a tener el fin más horrible que pudo imaginar.

Pero ¿por qué estaba allí?

Su cerebro torturado intentó recordar.

Aún le dolía la cabeza a causa de los culatazos.

¿Quién le hubiera dicho que las cosas iban a terminar así? ¿Quién hubiera podido adivinarlo dos días antes, cuando salió en la diligencia para Bisbee y dispuesto a ganar cincuenta mil dólares?

—¡Campeón! ¡Campeón! ¡Campeón!

Los gritos arreciaban en la calle, mientras una verdadera multitud seguía a Kelly hasta la diligencia, aclamándole incesantemente. Docenas de manos caían sobre su espalda para darle ánimos y testimoniarle su adhesión. Todos los dueños de los saloons que había en el recorrido salían a la puerta queriendo invitarle a beber la última copa.

—¡Un trago, campeón! ¡Que eso no hace daño a nadie!

—¡Vas a destrozar a Gorila Kid!

—¡Volverás convertido en el boxeador más famoso de América!

—¡Pero ten cuidado! Gorila Kid ha matado ya a dos hombres.

Kelly escuchaba todo aquello mientras saludaba con la mano alegremente. Iba vestido como un caballero y no le faltaba ni un elegante sombrero hongo, a la moda de los boxeadores de entonces.

La dueña de su hotel le había regalado un bastón con empuñadura de plata, para que pudiera presumir más, y las bailarinas del saloon de Bingy le habían regalado por suscripción dos fabulosos gemelos de oro. Kelly nunca se había visto así.

Iba hecho un auténtico *dandy*.

—¡Campeón! ¡Campeón! ¡Campeón!

Los gritos arreciaron cuando él llegó a la diligencia.

El mayoral lanzó un tremendo escupitajo a la campana que había en la puerta de la casa de postas.

La campana hizo:

¡Naaaang!

—Es la hora de la salida —dijo el mayoral—. Vamos, Kelly, sube. Tendrás buena compañía.

Kelly se asomó a la portezuela.

Y tuvo que parpadear dos veces.

Aquellas piernas fabulosas estaban ante sus ojos como una maravillosa aparición.

El mayoral presentó:

—La señorita Ingrid, que, como ves, es lo más bonito que ha puesto los pies en esta cochina línea de transporte.

—¿También ella va hasta Bisbee?

—Sí, pero no te hagas ilusiones.

—¿Por qué?

—Va a casarse.

Kelly rió.

—Tampoco me había hecho ilusiones, mayoral.

—Te lo digo por si acaso. Y ahora deja que te presente a ti, pedazo de bestia. Señorita Ingrid, éste es Kelly, el mejor boxeador que tenemos en este estado. Una verdadera promesa, créame. Podría haber llegado muy lejos, pero es una verdadera lástima que no pueda ser así. Porque la semana que viene estará muerto.

Ella arqueó una ceja.

—¿Muerto? —susurró.

—Claro que sí. Va a enfrentarse en Bisbee a Gorila Kid, que ya matado ya a dos rivales en el *ring*. Y éste será el tercero. Toma, Kelly, te lo hemos comprado por suscripción entre los chicos. Es una prueba de nuestro afecto.

Y metió algo en la diligencia.

Era una corona con crespones negros.

Kelly murmuró:

—Muchachos, ¿no os estáis adelantando a los acontecimientos?

—¡Qué va! Todos sabemos lo que va a pasar, Kelly. ¡Hip, hip! Uno tiene ganas de llorar.

—A lo mejor gano yo.

—¿Tú? No me hagas reír, muchacho, porque luego me duelen los riñones. Nadie ha vencido jamás a Gorila Kid. Y ahora, sube a la diligencia. Voy a dar la segunda señal de salida.

Y lanzó otro salivazo.

¡Naaaang!

Los caballos relincharon como si ya conocieran la señal.

Kelly se quitó el sombrero respetuosamente y se acomodó frente a la chica, que se había bajado la falda un poquito.

De todas maneras, sus piernas seguían siendo fabulosas. Kelly hizo:

—¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem!

Ni siquiera había reparado en que iban tres personas más en la diligencia.

Al fin y al cabo eran hombres.

¡Y a los hombres que los zurzan, qué cuernos!

Kelly alzó la cabeza mientras sentía que por sus facciones resbalaba el sudor. Los buitres habían aumentado en número. Ahora quizá eran treinta. Y ninguno de ellos cambiaba de posición, como si ya hubieran elegido el sitio desde el que tenían que atacar.

Ahora todo dependía de que uno de ellos se lanzase.

Los otros le seguirían como una manada negra.

Kelly supo que estaba viviendo los últimos instantes de su existencia.

Y había algo que le atormentaba tanto como la angustia de saber que iba a morir.

La sed. La sed espantosa que le torturaba, tras haberse ido llenando su boca de arena.

Intentó levantarse de nuevo.

Al menos para que los buitres comprendieran que aún estaba vivo y que no les convenía atacar.

Pero las rodillas le fallaron.

Lo forzado de su postura había hecho que se le agarrotaran los músculos.

Y cayó otra vez, sintiéndose más perdido que nunca. Ahora ya no tenía fuerzas ni para luchar.

¿Por qué aquellos hijos de perra no le habían matado de una vez? ¿Por qué le habían condenado a aquel suplicio miserable?

El mayoral había gritado:

—¡Ahora vamos a entrar en el desfiladero, muchachos! ¡Agárrense bien! ¡Hay una curva muy pronunciada!

Y, en efecto, los caballos, que conocían bien el camino, tomaron aquella curva al galope, haciendo volcar casi la diligencia. Hacía

falta maniobrar así porque el desfiladero era realmente diabólico. En su mitad había un fuerte repechón, y o los caballos lo tomaban al galope tendido, o ya les sería imposible subirlo a plena carga. El mayoral les excitó rabiosamente para que no se durmiesen.

—¡Arriba, carcamales! ¡Arriba! ¡A ver si sois tan bestias como Kelly!

Kelly gritó por la ventanilla:

—¡Oye, yo pago mi pasaje como cualquier otro! ¡A ver si no te metes conmigo!

El mayoral aulló entonces:

—¡Soooo!

Había visto algo que no le gustaba.

¡Y tanto que no le gustaba!

Un grueso tronco cruzado en el camino cortaba éste justo al principio del repechón.

Demasiado tarde se dio cuenta de lo que aquello significaba.

¡Era una trampa!

Fue a sacar el rifle, pero de pronto una bala se lo hizo estallar entre las manos.

Habían disparado desde atrás.

Se oía el galope rabioso de los caballos.

Kelly barbotó:

—¡Pronto! ¡Un revólver!

Ya que iba vestido como un caballero, no llevaba tampoco armas. Uno de los hombres que iban junto a él le dio temblorosamente un pequeño «Derringer». En aquel momento, el ayudante del mayoral trataba de volverse con un «Winchester» entre las manos.

¡Baaang!

La bala también había venido desde atrás. El del pescante lanzó un aullido mientras la bala le perforaba la cabeza.

Un jinete se puso a la altura de las ventanillas.

Trató de hacer fuego.

Kelly no quería llevar las cosas demasiado lejos. Su puño izquierdo salió disparado por la ventanilla. El pistolero, cazado de lleno, saltó de la silla, chocó contra una roca y quedó hundido en el más profundo K.O., de su vida entera.

Otro salteador había aparecido por el lado opuesto.

Y éste no se entretuvo tanto. Disparó a través de la ventanilla y alcanzó de lleno al hombre que le había dado el «Derringer» a Kelly.

La sangre saltó hasta la pared opuesta.

Ingrid gritó frenéticamente.

Y el cadáver cayó de costado, mientras Kelly disparaba a su vez.

Demostró que tenía tanta puntería con el revólver como con los puños. El salteador cayó de la silla y quedó hundido en otro K.O., pero éste definitivo.

Kelly fue a disparar de nuevo.

Le daba miedo Ingrid. Le causaba terror pensar lo que iban a hacer con la chica.

En ese momento, la bala entró por la ventanilla de la derecha. Kelly lanzó un gruñido mientras se llevaba ambas manos a la cabeza.

Todo empezó a dar vueltas para él. Todo se transformó para él en una especie de lago profundo, insondable, negro…

Alzando un poco las manos doloridas, se tocó la cabeza.

Ahora rozó por primera vez aquella herida de la que había llegado a olvidarse ya. La verdad era que no le dolía, pero entre sus cabellos había sangre coagulada.

Le pareció un milagro que aún estuviese vivo.

La bala le había rozado solamente, haciéndole perder el conocimiento. Un poco más abajo, y le vuela la tapa de los sesos.

Pero ¿no hubiera sido eso mejor?

Ni siquiera se hubiese dado cuenta de que moría. ¡Mientras que ahora tendría que sentir en su carne cómo la deshacían los buitres!

Algunos de éstos empezaban a mostrar impaciencia.

Kelly adivinó que el ataque se produciría de un momento a otro.

Y hundió la cabeza, sintiendo en el fondo de sí mismo una lacerante desesperación.

¿Qué habría sido de Ingrid?

¿Qué habría ocurrido con aquella pobre muchacha? ¿Qué habrían hecho los salteadores con ella?

Kelly no recordaba nada.

Había perdido el conocimiento después del balazo y lo acababa de recuperar en esta especie de hondonada arenosa, rodeado de buitres, donde sabía que estaba condenado a una de las muertes más horribles que se le pueden dar a un hombre.

Hizo un rictus de dolor.

Pensó angustiosamente: «Ya está».

Nunca imaginó que hubiera de terminar así.

Los buitres movían rabiosamente las alas.

¡Y el primero de ellos se lanzó!

¡Era la señal de ataque!

Una especie de nube negra se abatió sobre Kelly.

Éste contorsionó todo el cuerpo en un desesperado esfuerzo por contraatacar y por mantener lejos de sí aquella marea inhumana.

Como lo único que tenía un poco libre eran las piernas, fueron las piernas lo que levantó. Dio con ellas de lleno a un par de buitres, que perdieron sus plumas y se alejaron lanzando salvajes graznidos.

Pero era imposible luchar contra los otros.

Las zarpas le cubrían por completo.

Algunas se clavaron en él, desgarrándole las ropas.

Y unos picos ansiosos buscaron su nuca. La buscaron como si los buitres estuvieran dotados de inteligencia y supiesen que aquél era un punto vital.

Kelly intentó cubrirse.

Pero sabía que de nada iba a servir. Estaba perdido.

Había empezado el festín espantoso de su propia muerte.

Entonces oyó lo que le pareció un trueno lejano. Sólo unos instantes más tarde se dio cuenta de que acababa de oír unos disparos muy rápidos y muy seguidos. Un buitre quedó casi despedazado en el aire. Los otros empezaron a lanzar graznidos y huyeron como si los persiguiera el cielo.

Kelly no podía creerlo.

Le parecía que acababa de entrar en el más allá y que todo aquello era una alucinación.

Al cabo de unos instantes se dio cuenta de que aquello era la realidad. Poco a poco se atrevió a alzar la cabeza.

Oía unos pasos en la arena.

Y entonces vio avanzar hacia él a un tipo alto y fuerte, vestido de negro, que llevaba un severo alzacuellos y tenía ese aspecto inconfundible de los predicadores o pastores de almas.

Kelly se encontraba, pues, ante un ministro del Señor. Un ministro, posiblemente, de religión protestante, o quizá

perteneciente a alguna de las muchas sectas que había en el país.

Infundía respeto.

Sobre todo con aquel revólver.

Era enorme como un trabuco y despedía humo como la chimenea de una fábrica.

Se detuvo ante Kelly.

—¿Está usted bien, amigo?

—Podría estar peor.

—Sí, ya lo he visto. He llegado a tiempo, ¿no?

—Ha hecho usted la mejor llegada de toda su vida, compañero.

—No me llame compañero. Yo soy un ministro del Señor.

—Ah, perdone.

—Soy un ministro del Señor y mi agente de propaganda es el Señor Colt, aquí presente.

Kelly alzó la cabeza todo lo que pudo.

Trató de sonreír, aunque tenía la boca convertida en un pedazo de desierto.

—Estoy encantado de conocer a usted y de conocer al Señor Colt, aquí presente. Pero mire a ver si puede sacarme de este maldito pozo, porque tengo los músculos agarrotados y los buitres me han… me han dejado deshecho.

El recién llegado le miró pensativamente.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó.

—Kelly.

—Yo me llamo Kaplan.

—Encantado de… de conocerle, señor Kaplan.

—¿A qué se dedica usted, señor Kelly?

—Soy boxeador.

—¿Reparte usted tortazos en nombre del Señor?

—Bueno, yo no diría tanto… Yo reparto tortazos en nombre de la bolsa que me pagan.

—Supongo que ése es un oficio impío.

—Completamente impío, señor Kaplan.

—Yo también he repartido algunos guantazos, pero siempre en nombre del Señor y avisando antes.

—Es que si yo aviso antes, mi contrario se marcha del *ring*, señor Kaplan.

—Entonces es algo pecaminoso. Ya decía yo que la pinta de

usted no me gustaba nada.

—Le guste o no le guste, sáqueme pronto de aquí, señor Kaplan. Si nos descuidamos voy a quedar empotrado en la arena.

El interpelado miró las argollas y la cadena.

Pareció consultar el asunto con el Señor Colt.

Al fin levantó éste.

Hizo dos disparos con un pulso fabuloso y cortó las argollas sin rozar ni siquiera las muñecas de Kelly.

Cuando éste se sintió libre, aún no podía creerlo.

Se sentó en la arena y se frotó los músculos entumecidos mientras miraba a Kaplan.

—Nunca podré pagarle lo que ha hecho —susurró.

—Oh, yo no he hecho nada. Yo detesto la violencia, ¿sabe? Pero el Señor Colt, de vez en cuando, se pone pesado, y hay que darle gusto. ¿Le apetece un trago?

—Es la cosa que con más fuerza deseo en este momento.

Kaplan lanzó un silbido, y un robusto caballo descendió ágilmente por las paredes del talud para detenerse junto a su amo.

Éste descolgó una cantimplora que pendía de la silla y la tendió a Kelly. Resulta inútil decir que Kelly la saludó con todo entusiasmo.

Luego se frotó la boca con el dorso de la mano.

—Sensacional —dijo.

—Es licor del pecado.

—Pues a mí me ha parecido *whisky* del más caro.

—Y tan caro. La última vez que llené la cantimplora poco faltó para que tuviera que empeñarme la camisa.

—Si es licor del pecado, ¿por qué lo lleva?

—Para tener fuerzas y no dejarme tentar por el Señor Colt. Y a todo esto, ¿quién le ha puesto así? ¿Quién le ha traído a este condenado agujero de los infiernos?

—Unos salteadores.

—¿Qué?

—Unos salteadores. Le explicaré todo lo sucedido desde que tomé el camino de Bisbee —dijo Kelly.

Y mientras iba recuperando sus fuerzas, entre trago y trago, contó a Kaplan todo lo sucedido.

El pastor de almas se había acuclillado junto a él y le escuchaba

con la mayor atención, mientras recargaba cuidadosamente las balas del Señor Colt.

—De modo —dijo—, que han asaltado la diligencia y han matado por lo menos a un hombre.

—Exacto. Y me temo que los demás no se hayan librado tampoco.

—¿Y la señorita de que me ha hablado? ¿Qué ha pasado con la señorita?

—Eso es lo que más me preocupa. Era una chica cañón y…

—¿Qué dice?

—Bueno, una chica muy hermosa. Una de esas mujeres con las que uno se casaría decentemente, claro. Le juro que mientras estaba aquí pensando que iba a morir, mi situación me dolía doblemente porque no podría ayudarla.

—Esos tipos que asaltaron la diligencia deben ser unos salvajes. Lo prueba el hecho de que le hayan condenado a usted a esta horrible muerte.

Kelly cerró un momento los ojos.

Seguía pareciéndole increíble el verse ahora con vida.

—Creo que nunca me he encontrado ante tales bestias con figura humana —susurró al fin.

—¿Cree que están muy lejos de aquí?

—No tengo idea, pero pienso que tal vez estemos aún a tiempo de salvar a aquella hermosa muchacha —murmuró Kelly, mientras sus ojos se iluminaban con una lucecita de esperanza.

—Entonces, vamos a probarlo —decidió Kaplan.

—Pero… pero ¿usted también…?

El pastor de almas se encogió de hombros.

—Yo bien lamento meterme en, situaciones de violencia —dijo, mirando el revólver—. Pero ¿qué quiere que le haga? El Señor Colt me lo está pidiendo de una manera…

CAPÍTULO II

El *sheriff* y sus agentes estaban examinando el lugar donde fue asaltada la diligencia.

Al ver acercarse a los dos hombres montados en un solo caballo, alzaron sus rifles y apuntaron hacia allí.

Pero los bajaron poco a poco al darse cuenta de que los dos hombres parecían inofensivos, sobre todo el que llevaba un alzacuello y tenía aspecto de pastor de almas.

El *sheriff* barbotó:

—¿Quiénes son? ¿Qué hacen aquí?

—Yo he sido una de las víctimas del asalto a la diligencia —murmuró Kelly—. ¿No me conoce?

—¿Conocerle? ¡Ah, cuerno! ¡Ahora me doy cuenta! ¡Usted es el boxeador!

—El mismo que viste, calza y de vez en cuando queda tumbado en el *ring*.

—Le dábamos por muerto.

—Más por muerto me daba yo.

—¿Qué ha sucedido?

—Lo único que sé es que maté a uno de los atacantes y un momento después una bala me rozó la cabeza, haciéndome perder el conocimiento. Cuando lo recobré, estaba en una hondonada a poca distancia de aquí, rodeado de buitres que iban a despedazarme.

—Conozco el sitio. Es un lugar infernal llamado precisamente La Buitrera. Hace falta tener mala entraña para llevar a un hombre allí.

—Pues aquellos tipos la tenían.

—¿Quién le ha salvado?

—Este pastor de almas que me acompaña, y que contesta al nombre de Kaplan. De no ser por él, ahora no quedarían de mí ni las uñas.

El *sheriff* tendió la mano al pastor de almas.

—Encantado, señor Kaplan. Desgraciadamente, no podrá usted ejercer su misión aquí, porque no hay ningún moribundo que necesite sus auxilios espirituales o sus palabras de consuelo. Sólo hay dos fiambres por los que ya nada se puede hacer.

—¿Así que sólo han matado a un pasajero?

—Sólo a uno, aunque es posible que los otros hayan sido sacrificados más lejos, porque no hemos encontrado ni rastro.

—El otro cadáver debe ser el forajido a quien maté —susurró Kelly—. ¿Han podido identificarlo?

El *sheriff* cabeceó negativamente.

—No, de ninguna manera. Debe de ser una nueva banda, porque nadie le conoce aquí. De todos modos, debían de estar enterados de lo que se traían entre manos, porque la diligencia llevaba joyas y dinero, y ha sido completamente saqueada. Vea.

Le mostró el carruaje volcado y con las ruedas girando patéticamente al aire a impulsos del viento. Hasta los caballos habían sido muertos para obligarles a frenar. Kelly tuvo que apartar la vista de allí porque todo aquello le producía una tristeza indescriptible.

—¿Ni rastro de los otros pasajeros? —balbució.

—No. Pueden estar muertos en otro sitio, pero tengo la esperanza de que hayan podido huir.

—¿Y la chica?

Kelly no se había atrevido a preguntarlo hasta entonces. El *sheriff* hizo un gesto de impotencia.

—No sabemos dónde puede haber ido a parar… —dijo—. Sin duda se la han llevado.

—¡Y lo dice con esa tranquilidad, *sheriff*! ¿Imagina lo que puede estar sucediendo con ella precisamente ahora?

—Claro que lo imagino, y no crea que eso me hace precisamente feliz, maldita sea. Pero ¿cómo puedo evitarlo? Todo esto es grande y está lleno de montañas y escondites. ¿Qué puedo hacer?

Kelly reconoció que el *sheriff* decía la verdad, pero no le bastaba saber eso. Él no quería quedarse con los brazos cruzados mientras a poca distancia de allí podía estar sucediendo algo horrible. Miró en torno suyo como una fiera miraría a la distancia buscando su terreno de caza.

—Hemos de hacer algo —dijo—. Hemos de cribar el terreno, aunque en ello empleemos toda la noche.

—He enviado a buscar refuerzos —dijo el *sheriff*—. Llegarán dentro de una hora.

—Para entonces puede ser tarde —decidió Kelly—. Sé que voy a perder el tiempo, pero investigaré por mi cuenta.

—No puedo impedírselo, Kelly.

—¿Me presta un caballo?

—Claro que sí. Elija el que quiera. Por ejemplo, ¿qué le parece el del bandido muerto?

—Es un buen animal —dijo Kelly—. Y él no tenía ninguna culpa de que lo montara un miserable.

Primero desabrochó el cinturón canana con las armas y se acercó al caballo, le acarició el cuello para tranquilizarlo y luego lo montó.

Iba a alejarse cuando Kaplan murmuró:

—¿Va solo?

—Puede ser un trabajo peligroso. No tengo derecho a pedir que nadie más se enrede en él.

—De todos modos, le acompañaré.

—¿Es que va a meterse en un lío de esta clase, reverendo?

—Yo no, pero el Señor Colt tal vez sí. ¡Y es que el Señor Colt tiene cada cosa!

La ciudad estaba casi a oscuras. Al menos el arrabal tenía un aspecto sombrío, pero las casas del centro estaban bien iluminadas. Y hasta sonaban algunas músicas, lo cual era indicio de una animada vida nocturna.

Los dos jinetes penetraron al trote por la calle principal.

—Hasta ahora no puede decirse que hayamos tenido demasiado éxito —dijo Kaplan—. Ni rastro de los hombres que buscamos.

—Por aquí pueden haberlos visto —opinó Kelly.

—¿De veras cree que unos granujas salteadores y asesinos van a estar exhibiéndose por una ciudad?

—Ya sé que no es lógico, pero al menos quiero mantener la esperanza.

—La esperanza es una virtud, claro… ¡Oiga, deténgase!

Kelly tiró de las riendas, sorprendido.

—¿Qué mosca le ha picado ahora, Kaplan?

—Ese cartel… ¿No ha dicho usted que se llama Kelly?

—Exacto, ése es mi nombre.

—Pues ahí está. Veo que anuncian por todas partes la pelea que tiene que hacer en Bisbee.

Kelly clavó los ojos en aquel cartel, que ocupaba gran parte de la fachada de una casa. En efecto, allí estaba su nombre, pero no fue eso lo que le llamó la atención.

En el cartel se reproducía un dibujo representando a un boxeador enorme, descomunal, poderoso. Un boxeador con cara de mala sangre y cuyo puño derecho extendido hacia el lector parecía llenar el cartel entero.

Debajo, en grandes letras rojas, se anunciaba:

KID GORILA
el invencible campeón del Sudoeste en su camino
arrollador hacia el título continental de los grandes
pesos se enfrentará al popular
Wil Kelly
en un sensacional combate a fin, [1] es decir, hasta que
uno de los dos caiga vencido sobre la lona.
¡No se pierda usted este sensacional acontecimiento el
día doce en la ciudad de Bisbee!
¡Admire y aplauda a Kid Gorila!
¡El invencible!

Kaplan se pasó una mano por la nariz.

—Oiga, amigo —dijo—, usted es el susodicho Kelly, ¿no?

—Sí, reverendo. Yo soy ese asqueroso tipo al que sólo mencionan en letra pequeña.

—A ese cartel le falta una cosa.

—¿Cuál?

—Decir cuánto le pagan al tipo que recogerá sus huesos.

Kelly tragó saliva.

—Reconozco que no me dejan muy bien —susurró.

—Se da por descontado que Kid Gorila le va a propinar una paliza de espanto.

—Yo no estoy tan seguro —dijo Kelly, tratando de darse ánimos él mismo.

—Pero, oiga, ¿usted va a enfrentarse a esa bestia?

—Pues… pues sí.

—¿Ya lo ha visto bien?

—A Kid Gorila no le he visto nunca.

—Ahora lo está viendo. Ahí lo tiene, con su enorme cara de mastodonte. Ahí tiene ese puño que no pasa por la puerta de un almacén. ¿Y usted va a enfrentarse con un tipo así en un combate sin piedad, es decir, hasta que uno de los dos caiga?

—Muchas veces lo suelen hacer así —susurró Kelly.

—Usted está loco, amigo.

—No hay que ponerse pesimista.

—Ese hombre le matará.

—Ya ha matado a dos enemigos.

—Pero ¿qué dice? ¿Y le consienten seguir peleando?

—Ya sabe lo bestia que la gente es por aquí. Hay pistolero que lleva matados a quince hombres, y la gente le aplaude. ¿Por qué no va a aplaudir a un boxeador que sólo ha matado a dos?

—Repito que está usted majareta, Kelly. Y que el Señor me libre de presenciar tan bestial combate. Por cierto. ¿A qué precio cree que pondrán las entradas de primera fila?

—No lo sé, pero supongo que caras. A Kid Gorila le han prometido una gran bolsa, y en cuanto a mí, cobraré también una bonita suma.

—Que pasará íntegra a sus herederos.

—Es posible.

—¿Y si metiera usted al Señor Colt dentro de un guante? ¿Qué pasaría?

—No creo que al árbitro le pareciera muy bien.

—Pero… ¡esa bestia! —Y Kaplan miró otra vez la impresionante facha de Kid Gorila—. ¡A esa bestia la tendrían que hacer salir al *ring* con un bozal!

Kelly estaba de acuerdo.

Pero prefirió no mirar.

Ya había aceptado el compromiso de pelear con Kid Gorila y no podía volverse atrás.

Kaplan dejó de mirar también el terrorífico cartel.

—Lo único que debía haber exigido —musitó Kelly—, es que pusieran mi nombre en letras más grandes. No hay derecho a tanta

diferencia.

—No se preocupe, amigo. Las letras grandes ya se las pondrán en la esquela. Vamos.

Y los dos jinetes se alejaron de la esquina, avanzando hacia el centro de la ciudad.

Ésta se encontraba muy animada.

Era un sitio mucho más concurrido de lo que parecía desde lejos.

En especial, había un saloon y un hotel de los que la gente salía y entraba continuamente.

Kelly susurró:

—Quizá hayan visto algo en el hotel. Entremos.

Dejaron sus caballos y atravesaron la puerta. Kelly lo hizo primero, pues el pastor de almas se había entretenido asegurando bien la cantimplora de *whisky* en la silla.

De modo que Kelly puso los pies en el local.

Y quedó petrificado.

Porque acababa de tropezar con una mujer que iba deprisa y que le dijo maquinalmente:

—Perdone…

Kelly casi pegó un brinco.

Porque aquella mujer era… ¡era la propia Ingrid!

CAPÍTULO III

El joven apenas pudo susurrar:

—Eh, oiga.

Ingrid se volvió.

No se había dado cuenta de que era él. Sus ojos, muy abiertos, denotaron sorpresa y alegría al mismo tiempo.

—¡Señor Kelly! Porque usted se llama Kelly, ¿verdad?

—Usted es Ingrid.

—Qué sorpresa tengo al verle…

—Más sorpresa tengo yo, diablos. No puede imaginarse lo que esto significa para mí. Creí que le había sucedido algo terrible.

Mientras hablaban, la conducía sin darse cuenta a un ángulo del salón del hotel, donde había un bar con varias mesas ocultas por unas palmeras enanas.

—Ingrid —balbució—, la he estado buscando por todas partes. Cuando he llegado a la ciudad no tenía la menor esperanza de encontrarla. ¿Qué fue lo que sucedió?

Ella miró al vacío con expresión desolada, como si aún no acabara de comprender aquella aventura.

—Ni yo misma lo sé —dijo—. Cuando a usted le hirieron en la cabeza, creí que estaba muerto y me puse a chillar como una loca. De los otros dos hombres que viajaban con nosotros, ya sabe usted que uno había sido asesinado. Los otros dos fueron obligados a desprenderse de todo lo que llevaban de valor. Luego, los salteadores se los llevaron. No sé si pensarán pedir un rescate por ellos o los asesinarían más tarde.

—¿Y el mayoral? ¿Qué hizo?

—El mayoral pudo escapar. Lo persiguieron a balazos, pero no creo que le dieran. Tuvo suerte.

—¿Y usted? ¿Qué ocurrió con usted?

—Supongo que conmigo pensaban hacer lo peor. Me miraban de

una forma que me helaba la sangre.

—¿Y cómo consiguió amansar a aquellas bestias?

—Mi suerte estuvo en la huida del mayoral. De lo contrario, no sé lo que hubiese sucedido.

—¿Es que se asustaron?

—Sí. Pensaron que el mayoral avisaría enseguida al *sheriff*, y alguien gritó que había que poner tierra de por medio. Uno de ellos dijo que tenían que llevarme consigo. Yo empecé a temblar.

—Había motivos…

—Pero el que debía ser el jefe dijo que una mujer estorba cuando hay que huir a toda prisa. De modo que volcaron el carruaje para acabar de bloquear el camino y escaparon. Yo aún no podía creer que me hubiese librado con sólo la pérdida de mis joyas. Porque le aseguro que las joyas no me importan al… al lado de lo otro.

—Lo comprendo perfectamente, Ingrid.

—Luego tuve un momento de vacilación —continuó explicando ella—. No sabía si esperar al *sheriff* o huir. Pero tenía tanto miedo, que me incliné por esto último. Anduve a través de las colinas hasta que unos vaqueros me recogieron y me trajeron aquí. Como era lógico, no tenía ningún dinero, pero el banquero de la ciudad me conoce y me ha hecho un préstamo. Eso me ha permitido instalarme en el hotel y comprarme ropa nueva.

Kelly contempló a la chica con detalle, ahora que se sentía más calmado.

Tenía que reconocer que estaba preciosa, más preciosa aún que cuando se vieron por última vez.

¡Con aquella cara!

¡Con aquellas piernas!

Ingrid musitó:

—Y usted, Kelly, ¿cómo logró salvarse? Lo último que supe de usted fue que un par de aquellos forajidos se lo llevaban sobre la silla de un caballo.

—Pensaban darme una muerte que no deseo ni para mi peor enemigo.

Y el joven hubo de explicar otra vez lo que había sucedido, hasta que encontró al *sheriff* y decidió ir en busca de Ingrid.

Ésta le escuchaba con la mayor atención, y en algunos

momentos palidecía intensamente.

—Fue un milagro que se salvara. Kelly —musitó—. ¿Y qué piensa hacer ahora?

—Lo malo es que tengo que llegar a Bisbee como sea. Mi combate con Kid Gorila está anunciado a fecha fija.

—¿Y por qué no lo deja?

—No puedo.

—Si quiere hacerme caso, olvídese de él —musitó Ingrid—. He visto un cartel de los que anuncian el combate en la ciudad. Ese tipo, es sencillamente horrible.

—Reconozco que no tiene muy buena pinta —musitó Kelly.

—Si usted se encierra en un *ring* con un gorila de esa clase, lo va a descuartizar.

Kelly se sintió ofendido en su amor propio.

—Oiga, que yo también tengo puños. Y no soy tan malo.

—No compare.

—En fin, si usted lo dice…

—Además, me parece que pesa usted bastante menos que Gorila Kid. Eso no es justo.

—Sí, hay una diferencia bastante notable —reconoció Kelly—. En eso los organizadores han hecho trampa. Darán unos pesos falsos.

—¿Y usted lo consiente?

—Me interesa ganar la bolsa que me han ofrecido. Compréndalo: es la mayor de mi vida. Kid Gorila no encuentra rivales porque nadie quiere enfrentarse a él. Entonces han buscado a un boxeador que no hubiera perdido nunca, y me han encontrado a mí. Pretenden montar un gran espectáculo. Las entradas se venderán como si fueran cartuchos, y los dos ganaremos mucho dinero. Por eso no puedo fallar.

Ingrid pareció meditar sobre aquel asunto.

—La vida es asquerosa —decidió al fin—. Todo vil dinero. Una auténtica porquería.

—Sin dinero no se come, hermana. Y morirse de hambre es más asqueroso aún.

—De todos modos, yo también tengo que llegar a Bisbee —dijo Ingrid, cambiando bruscamente de pensamiento—. Hay algo muy importante que me reclama allí. Ya que los dos hemos de llegar a

Bisbee cuanto antes, deberíamos intentar organizar otra diligencia.

—Es una buena idea.

En aquellos momentos se acercó Kaplan.

Llevaba una Biblia en la mano derecha y dejaba que por debajo del chaleco apareciera la culata del Señor Colt.

No parecía lo que se dice un predicador muy pacífico.

Pero sonrió amigablemente a Ingrid, y murmuró:

—Permita que me presente. Soy Kaplan, un humilde esclavo al servicio del Señor. Mi suerte ha querido que tuviera oportunidad de salvar la vida a Kelly.

—Ha hecho usted una gran obra, señor Kaplan.

—Le he oído decir que usted tenía el mayor interés en llegar cuanto antes a Bisbee.

—Así es, señor Kaplan.

—Yo también. He de predicar allí unos cuantos sermones contra la violencia, para los cuales estoy contratado. Si organizan una diligencia, cuenten conmigo.

—Eso será fácil —sonrió Ingrid—. Pero para que el precio nos resulte asequible, necesitamos un par de personas más.

—Es una idea muy razonable —dijo Kaplan—. Pero ¿quién se encarga de buscarlas?

—Yo misma —murmuró Ingrid—. Ya he dicho antes que soy amiga del banquero de la ciudad. No será difícil hablarle y encontrar dos hombres de negocios que tengan necesidad de ir a Bisbee.

—Entonces, ¿usted se encarga de eso?

—Cuenten conmigo —dijo Ingrid.

—¿No necesita ayuda?

—Si hubiese dificultades, ya se lo diría, pero creo que lo conseguiremos. ¿Van a alojarse ustedes aquí?

—Sí —murmuró Kelly—. Y oiga una cosa, Ingrid: ¿no reconoció a esos forajidos? ¿No había visto sus caras antes en ninguna parte?

—Yo no miro nunca los pasquines, y, además, estaba tan asustada que no me fijé demasiado en aquellos tipos. Pero mañana mismo hablaré con el *sheriff* para que me enseñe todos los pasquines que tiene guardados. Tal vez los reconozca.

Y tras sonreírles agradablemente, se dirigió a las escaleras.

Kelly se la quedó mirando extasiado.

Kaplan le dio un codazo.

—Una hija del pecado —murmuró.

—Hombre, no diga eso… Es toda una señorita.

—Ella puede ser una señorita, pero usted no es un señor.

—¿Por qué?

—Porque está deseando comérsela cruda.

—Tanto como cruda…

—Deje de pensar en cosas pecaminosas y alquilemos una habitación. Pero los dos juntos, ¿eh? Así tendré una seguridad.

—¿Qué seguridad?

—La de que no se largará a correrse una juerga esta noche…

A la mañana siguiente, los dos hombres tuvieron motivos para pensar que Ingrid era una verdadera manager, una mujer que hacía las cosas rápidamente y a conciencia.

No sólo encontró un excelente carruaje, un mayoral y un ayudante sino que además consiguió que dos clientes del Banco fueran con ellos a Bisbee. De ese modo, el precio que correspondía pagar a cada uno era más que llevadero.

El *sheriff* también llegó aquella mañana.

Estaba rendido de cansancio y tenía cara de enfadado.

Cuando se enteró de que Ingrid estaba allí sana y salva, pareció alegrarse mucho, sin embargo, y no hay duda de que sintió un gran alivio. Porque encontrar a la chica ultrajada y muerta, como hasta entonces había temido, hubiera sido una complicación insoportable.

Le preguntó si reconocería a los forajidos.

—Tal vez sí, en cuanto vea los pasquines que usted tiene archivados.

—Venga a la oficina y los repasaremos. Ah… ¿Y quiere un par de hombres para que protejan la diligencia?

—Yo creo que no será necesario —murmuró Ingrid—. ¿Hay rastro de esos forajidos?

—Nada de nada. Pienso que por desgracia a estas horas ya estarán muy lejos de aquí.

—Pues entonces no se moleste, *sheriff*. Yo pienso que llamaremos menos la atención yendo sin escolta. Además, si esta diligencia no es de las que hacen la línea regular, ¿cómo van a saber los salteadores a qué hora sale y por dónde pasa?

—Es cierto, y por otra parte, necesito a todos mis hombres para dar nuevas batidas. Bueno, manos a la obra, señorita Ingrid.

Estuvieron mirando una serie de pasquines que el *sheriff* tenía guardados, sin resultado alguno.

—No —dijo la muchacha—. Estoy segura de que no era ninguno de estos tipos. Lástima que no sepa dibujar, porque si supiera le haría un croquis de varios de ellos.

—¿Tenían alguna característica especial?

—No. Eran hombres normales como los que se ven en todas partes. Además, usted ya ha podido examinar perfectamente a uno de ellos. Dejaron a un muerto a su espalda, ¿no?

—Ciertamente, pero no he aclarado gran cosa. Es un desconocido. Y ahora no quiero entretenerla más, señorita Ingrid. ¿Cuándo piensan salir?

—Dentro de una hora.

—Pues les deseo mucha suerte. Estoy seguro de que encontrarán la ruta despejada hasta llegar a Bisbee.

Ingrid se dirigió a la casa de postas, donde estaban acabando de engrasar la diligencia especialmente preparada para ellos.

Vio allí a Kelly.

Kelly cepillaba un hermoso caballo sujeto al amarradero.

Ingrid murmuró:

—¿Lo ha comprado?

—No; al contrario. Pienso venderlo, puesto que ya no lo necesito. Me apoderé de él ayer.

—Señor Kelly, no me diga que se dedica a robar caballos.

—¡Oh, no! Éste era el del forajido muerto. Un magnífico animal, ¿no ve? Y tiene la marca de un rancho.

Lo señaló en el anca izquierda. Era sencillamente un círculo grande con otro círculo más pequeño dentro.

Ingrid parpadeó.

—¿A quién pertenece?

—No lo sé. He preguntado a varios vaqueros y nadie ha visto jamás esta marca. El caballo debe proceder de algún sitio lejano, lo cual se puede comprobar también por sus herraduras. Están muy desgastadas.

—Lo cual indica que esos salteadores procedían de muy lejos.

—Es lo más probable.

—Confío en que habrán vuelto a su madriguera —susurró ella—. Confío en que no volveremos a tropezárnoslos nunca más.

Y señaló la diligencia.

—Cuando quiera, podemos subir. Ya siento deseos de llegar de una vez a Bisbee.

—Pues yo no tanto —murmuró Kelly.

—¿Por qué?

El joven señaló uno de los carteles, donde se veía el puño enorme de Kid Gorila.

Ingrid suspiró:

—Lo comprendo perfectamente.

El camino era accidentado y pedregoso. Uno de esos caminos que hacen chirriar los ejes de los carruajes y lanzar maldiciones a los viajeros que han tenido la mala idea de meterse en ellos.

Normalmente, llegar a Bisbee era una pésima aventura, pero además, ellos habían escogido una ruta secundaria para evitar tener tropiezos. Si los bandidos merodeaban aún, había dicho Ingrid, no imaginarían de ningún modo que una diligencia iba a pasar por allí.

Y, en efecto, la cosa marchó bien.

Hicieron dos paradas durante la tarde. Una para comer y otra para estirar las piernas. Y empezaron a caer sobre ellos las primeras sombras del anochecer sin que se hubiera producido novedad alguna.

Pero entonces empezaron a ir mal las cosas.

Cuando serpenteaban por entre las colinas, una bala vino a su encuentro, llegando desde la derecha.

El mayoral aulló:

—¡Condenaciooooooón!

Había sido como un aviso.

Los caballos se encabritaron y empezaron a galopar locamente por el camino desigual, amenazando con volcar el carruaje. Y eso precisamente debían querer los salteadores, porque enviaron otras dos balas rozando las orejas de los animales para asustarlos aún más.

Kelly asomó la cabeza por la ventanilla.

—¡Eh, mayoral, maldita sea! ¡Frene a esos bichos o nos iremos todos al diablo!

—¡No puedo! ¡Van a desbocarse! ¡No puedooooo!

Una sacudida envió a Kelly al fondo del carruaje con las piernas al aire. Y lo mismo le sucedió a Ingrid, lo cual no fue una lástima, ni muchísimo menos. El tipo que estaba sentado enfrente de ella no pensó en el tiroteo y se olvidó de todo.

Kelly farfulló:

—No lo entiendo.

—Yo tampoco —balbució Ingrid—. ¿Cómo han podido saber que vendríamos por este lado? Debe ser simple casualidad —agregó la muchacha—, pero nos han hundido. ¡Dos atracos en dos días ya es demasiado!

—Aún no nos han atracado —dijo Kelly.

Y sacó de nuevo medio cuerpo por la ventanilla, mirando hacia el lugar de donde provenían los disparos.

Ésta vez ya iba más prevenido que durante la primera etapa del viaje y llevaba revólver.

Vio a dos hombres que bordeaban la colina, tratando de ponerse paralelos a la diligencia. Kelly hizo dos disparos, y los dos forajidos saltaron de sus sillas como si hubieran recibido una descarga eléctrica.

Rodaron por el suelo polvoriento mientras Kelly amartillaba otra vez. Un nuevo forajido aparecía en lo alto de la colina, poniendo su rifle en línea de tiro.

Kelly rechinó los dientes mientras extendía el brazo todo lo posible para apuntar mejor.

El traqueteo de la diligencia era infernal, pero aun así consiguió hacer puntería.

Los dos disparos se produjeron casi a la vez. La bala del tipo del rifle se perdió en el aire. Lanzó un aullido mientras soltaba su arma, e inmediatamente se puso a rodar colina abajo.

Kelly pensó que no estaba teniendo mala suerte del todo. Quizá lograría incluso poner en fuga a los asaltantes. Pero en ese momento, el mayoral fue alcanzado por una bala. Pegó un terrible brinco y cayó entre las patas de los caballos, siendo más tarde deshecho por las ruedas de la diligencia.

Su ayudante no esperó a que le llegara a él el turno.

Saltó del pescante y rodó por un terraplén, rompiéndose unos cuantos huesos, pero poniendo a salvo todos los demás.

La diligencia quedaba sin gobierno. La carrera de los caballos se

hizo más loca aún.

Kelly comprendió que estaban listos si él no lograba subir al pescante enseguida.

Sacó medio cuerpo por la ventanilla, a pesar de saber que así se exponía a un balazo mortal. Con ambas manos se sujetó al techo y trató de descolgarse hacia el exterior.

Pero en aquel momento la rueda izquierda produjo un «craaac» definitivo.

Kelly masculló:

—¡Ingrid! ¡La cabeza!

Si la muchacha no se cubría, estaba perdida con la serie de tumbos que iban a dar.

Pero ella se había prevenido ya. Se había inclinado hasta colocar casi la cabeza entre las rodillas, protegiéndola con ambas manos.

Y en ese momento empezaron a volar.

La diligencia se salió del camino y dio varios tumbos por el terraplén con su carga humana. Kelly saltó en el último momento y pudo así salvarse, ya que de lo contrario habría muerto aplastado por el propio peso del carruaje.

Oyó los gritos de los dos hombres que viajaban con Ingrid.

Le pareció que todo el horizonte se llenaba con el ruido de los caballos lanzados al galope.

Mientras rodaba por el suelo, Kelly sujetó el revólver con ambas manos y disparó.

Uno de los que venían lanzados, vino a partir de entonces mucho más rápido aún. Saltó de la silla y se convirtió en una especie de astronauta con cien años de anticipación.

Pasó por encima de Kelly y rodó terraplén abajo con la cabeza atravesada.

Los otros llegaban al galope tendido.

A Kelly le pareció que eran seis, y le pareció, además, que ofrecían un buen blanco. Fue a disparar de nuevo.

Y del revólver no brotó ninguna bala.

No es que faltaran plomos, sino que se había encasquillado a causa de la tierra caída sobre él.

Kelly no tenía tiempo de limpiarlo ni de cambiarlo por otro, de modo que lo soltó mientras buscaba desesperadamente algún sitio donde poder ponerse a cubierto.

No le quedaba más remedio que rodar él también terraplén abajo.

Lo hizo dando unos tumbos espectaculares, sin preocuparse del dolor que sentía en los huesos.

Mientras la diligencia rodaba hacia la derecha, él rodó hacia la izquierda.

Se encontró, de pronto, entre unos matorrales, más allá de los cuales caía en forma de cascada uno de los rarísimos cursos de agua que había en toda la comarca.

Intentó sujetarse a aquellos matorrales, pero resbaló. Un momento después, el impetuoso curso de agua parecía tragárselo. Dio un último salto y se estrelló contra unas rocas que había abajo, perdiendo el conocimiento durante unos segundos.

Oyó un terrible estruendo.

La diligencia acababa de llegar al fondo del terraplén, quedando encallada entre unos peñascos.

Uno de los caballos había muerto. Los otros lograron desengancharse y huir.

Kelly rechinó los dientes.

No tenía armas.

Vio cómo los jinetes se acercaban al carruaje volcado, manteniendo sus rifles en línea de tiro.

Uno de los viajeros no había perdido el sentido del todo.

Intentó salir por una de las ventanillas.

Dos balazos lo abatieron.

Fue un crimen miserable e innecesario, de los que hielan la sangre a cualquier hombre con un mínimo de moral.

Claro que lo peor faltaba aún.

Ahora sacarían a Ingrid.

Kelly, aunque estaba a mucha distancia, se preparó para saltar, dispuesto a luchar sin armas.

Vio que dos de aquellos perros rabiosos extraían el cuerpo inanimado de la muchacha.

—¡Eh! ¡Mirad!

—¿Muerta?

—No. Sólo está sin sentido.

—Entonces, dejadla.

—¿Y las joyas?

—Me parece que no lleva.

—¡Claro que no! ¡Es la misma de ayer! ¡La hemos atracado dos veces en dos días!

—De acuerdo con que no lleve joyas, pero ella es una joya.

—¿Vamos a desaprovecharla?

—¡Basta ya! Limpiad a los muertos. Hay que saber lo que llevan encima.

Los muertos a que se referían eran los dos viajeros que habían tomado la diligencia por recomendación del director del Banco. Ahora los dos estaban muertos.

Los salteadores los registraron y se apoderaron de todo lo que llevaban encima. El botín debió de ser valioso, porque Kelly notó que los forajidos se pasaban algunos objetos de mano en mano, y emitían gritos de satisfacción.

Pero eso no le importaba ya demasiado.

Lo que le hacía temblar era lo que pudiera suceder con Ingrid. Y febrilmente pensaba qué sistema podría tener para salvarla.

Ninguno.

Con su intervención y su muerte no haría más que retrasar el suplicio de la muchacha, que de todos modos había de llegar.

Kelly se dispuso a saltar de todos modos.

Nunca había vivido un momento tan angustioso como aquél, ni siquiera cuando sobre su cabeza planeaban los buitres.

Y entonces notó algo.

¿Dónde estaba Kaplan?

¿Había saltado al principio del tiroteo? ¿Qué había sido de él? El caso era que no le veía por ninguna parte.

Los forajidos se habían reunido ahora en torno a la inanimada Ingrid, tendida en tierra.

Kelly tragó saliva.

Había llegado el momento terrible.

Pero una voz gritó entonces:

—¡No podemos perder tiempo en estupideces! ¡Con el dinero que llevamos tendremos muchas mujeres como ésa! ¡Hala, fuera! ¡Al diablo!

Los salteadores se lanzaron sobre sus caballos.

Kelly los vio desaparecer entre una nube de polvo antes de darse cuenta de lo que realmente sucedía. Y respiró hondamente, con

infinito alivio, al pensar que a la muchacha no le había ocurrido nada. Bueno, no le había sucedido nada en un sentido. Pero en otro sentido, podía tener rotos todos los huesos de su cuerpo.

Se acercó a ella.

Y vio que respiraba normalmente, a pesar de que había en sus labios un rictus de dolor.

—¡Ingrid! ¿Te encuentras bien, Ingrid?

Le levantó la cabeza y le dio unos cachetitos en las mejillas para ayudarla a recuperarse.

La muchacha entreabrió los labios, pero fue para lanzar un débil gemido.

En ese momento oyeron unos pasos más al fondo del terraplén.

El reverendo Kaplan llegaba cubierto de polvo y con las ropas semidestrozadas, pero sin soltar su Biblia y con la otra mano puesta en la culata del Señor Colt.

—¡Condenación! —gritó—. ¡Aunque me esté mal emplear esa palabra, no puedo decir otra cosa! Si no llego a salir despedido por la ventanilla, me matan. Pero ¿qué ha ocurrido aquí? ¿Es que a usted la atracan cada día, señorita Ingrid?

La muchacha empezaba a recobrar el conocimiento.

Con un gemido, se llevó ambas manos a la cara al ver los cadáveres.

—¿Es que… es que…? —balbució.

—Sí, preciosa. Los han liquidado, y suerte has tenido tú de salvarte. No creo que tengas tanta la próxima vez.

—¡No habrá próxima vez! ¡No volveré a viajar en diligencia en mi vida!

Kaplan murmuró:

—Pues no sé qué otro sistema tendremos para llegar a Bisbee. Me han dicho que dentro de veinticinco años habrá allí un ferrocarril, pero no creo que podamos esperar tanto, ¿no le parece?

—Más valdrá que viajemos en caballos sueltos —susurró Kelly —. Al menos las posibilidades de huir si nos atacan serán mucho mayores. A una diligencia la acorralan enseguida.

—Hablando de caballos…

—¿Qué pasa, Kaplan?

—He visto de cerca uno de los que usaban esos hijos de zorra, aunque me esté mal pronunciar tamañas palabrotas. Era un caballo

que procedía de un rancho, estoy seguro.

—¿Lo dice por la marca?

—Exacto. Un círculo pequeño dentro de otro mayor.

—Si supiéramos a qué rancho pertenecen, tendríamos este maldito misterio casi descubierto —dijo Kelly.

—Yo he predicado la palabra del Señor en muchas poblaciones, y he pasado por muchos ranchos —exclamó Kaplan, mientras quitaba el polvo de su Biblia—. Y juro por mis antepasados que jamás he visto esa marca, pese a lo sencilla que es. Tal vez preguntando a algún viejo vaquero podamos averiguar algo.

Kelly meneó la cabeza.

—Ya lo he hecho esta mañana antes de emprender el viaje —susurró—. Y sin resultado alguno. Pero no pensemos ahora en eso. Lo más urgente es enterrar a los muertos y atender a Ingrid.

—Yo no necesito nada —farfulló ella.

Se había pasado las manos por la cabeza.

Miraba a todas partes, en torno suyo, con una muda expresión de terror, como si no lo entendiera.

Kelly la ayudó a ponerse en pie.

—¿Tiene un trago de su *whisky* del pecado, predicador?

—Si no se ha roto la cantimplora, sí.

Hurgó entre los restos de la diligencia y sacó el recipiente, que entregó a la muchacha. Mientras tanto examinaba con ojo crítico los cuerpos retorcidos de los muertos.

—Esos hombres llevaban bastante dinero encima —dijo—. Les han limpiado. Fíjense. Hasta les han cortado los dedos para quitarles los anillos.

—Es repugnante —barbotó Kelly.

—Y si alguien no pone pronto remedio a esto, seguirán haciéndolo. Creo que aunque fuera a pie, deberíamos seguir las huellas de esos tipos. Nos llevarán a alguna parte.

Kelly miró a la muchacha.

—¿Puede andar, Ingrid?

—Creo que… que sí. Además, si no recuerdo mal, hay una pequeña población aquí cerca.

—Pues no perdamos tiempo. Incluso será mejor que volvamos mañana por la mañana para enterrar a los muertos.

—Y si los encontramos en la próxima población, ¿qué? —susurró

Ingrid—. ¿Qué podemos hacer nosotros solos contra todos esos tipos?

Kaplan lanzó una especie de ronca carcajada.

—Convencerlos —dijo.

—¿Convencerlos? ¿Pero es que se ha vuelto usted loco, Kaplan? —musitó Ingrid—. ¿Cómo vamos a convencerlos, convencerlos con qué?

Kaplan volvió a lanzar otra vez aquella especie de ronca carcajada, mientras gruñía:

—Con la música del Señor Colt, naturalmente.

CAPÍTULO IV

La población era pequeña y se llamaba Wingate, al igual que un célebre guerrillero muerto tiempo atrás. Tenía unas afueras tristes y un centro animado y alegre, con un hotel de dos pisos y un saloon que tenía pinta de turbulento.

Pero lo que les llamó la atención fue otra cosa.

A la entrada de la población ya vieron el cartel.

Esta vez el puño dibujado de Kid Gorila parecía aún más enorme. Diríase que llenaba la pared entera. Y los titulares resultaban mucho más alarmantes para Kelly.

El texto decía nada menos:

> «Sensacional presentación en Bisbee del fabuloso Kid Gorila el Aniquilador contra el popular Wil Kelly. ¿Podrá éste resistir los terribles impactos de Kid Gorila o asistiremos a su entierro? ¡Salga de dudas y desplácese a Bisbee para ver este sensacional combate! Se admiten coronas».

Kaplan dio un codazo a Kelly.

—Oiga, muchacho, eso de las coronas va por usted, ¿no?

—Pues… pues…

—Al menos hay que reconocer que no va por Kid Gorila —remachó Kaplan, con gesto preocupado.

Ingrid balbució:

—No debería permitirse un combate tan desigual. Será un espectáculo miserable.

Kaplan murmuró:

—Bueno, pero al final terminará siendo un espectáculo piadoso, con entierro y todo.

—No debería usted consentir eso —protestó Ingrid—, olvídese

de Bisbee de una vez, Kelly. Retírese ahora, que aún está a tiempo.

Kelly sonrió, aunque malditas las ganas que tenía de hacerlo.

—Eso sería una cobardía, ¿no?

—Las personas prudentes no son cobardes.

—Pero un boxeador no puede ser demasiado «prudente» —susurró Kelly—. Entiéndalo. Yo vivo de lo que paga el público, y el público quiere que sea un hombre de cuerpo entero. Si ven que actúo como un ranchero tiquismiquis, me despreciarán.

—El público quiere sangre, ¿no? Quiere verle morir entre las cuerdas… ¡Eso es miserable!

—Está bien, hermana, pero no empiece a encargar mis funerales, qué caramba. Nadie ha dicho que me vayan a meter en el *ring* con las manos atadas. Yo también tengo puños.

—¡Déjese de puños! ¡Ese tipo le deshará! ¡No hay más que verlo!

—No se impresione, hermana. Al fin y al cabo es un dibujo.

La voz surgió entonces desde las sombras, a su espalda.

Era la voz de un individuo apoyado en la columna de un porche.

Un individuo con jersey grueso, tirantes y bombín.

Un tipo que tenía aspecto de viejo boxeador tronado, de esos que se dedican a preparar principiantes para que queden K.O., en el primer combate.

—Nada de dibujos, amigos —gruñó, mientras producía un «claaas» con uno de sus tirantes—. Yo he visto a Kid Gorila, le he visto entrenarse, y puedo asegurarles que levanta con sus dos manos una diligencia. También presencié desde el borde del *ring* un combate suyo en San Antonio de Texas. ¡Qué manera de pegar, muchacho! ¡Cada uno de sus puños levantaba tanto viento al moverse, que el bombín me temblaba encima de la cabeza! Menos mal que su rival cayó a los dos o tres guantazos, porque si no, lo mata. ¿Y usted va a enfrentarse a él? ¿Usted es Wil Kelly?

Kelly tragó saliva y levantó la mano sin demasiado entusiasmo.

—El mismo que viste y calza.

—Chóquela, amigo.

—¿Va a felicitarme?

—No. Lo que hago es compadecerle. Mi padre me enseñó que a los condenados a muerte hay que darles la mano y animarles en su último camino.

—Pues sabe que me está usted animando de verdad.

—Sólo trato de que comprenda el lío en que se ha metido.

Ingrid murmuró:

—Ese hombre dice la verdad. Lo que va usted a hacer es una locura, Kelly.

—Nunca he retrocedido —suspiró él—. Sería un cobarde si lo hiciera. Y además, necesito la montaña de machacantes que van a pagarme por ese combate.

—¿Para qué los necesita?

—Cosas mías.

—Pues, por muy «cosas suyas» que sean, no va a disfrutar esos dólares, Kelly. En todo caso, los cobrarán sus herederos, si es que los tiene.

Kaplan también estaba de acuerdo.

Lanzó un gruñido y se acercó al cartel, arrancándolo de un tirón, mientras barbotaba:

—¡Un espectáculo inmoral, en el que un hombre va a perder la vida a manos de otro! ¡Buah! ¡Que el Señor me libre de presenciar tamaño espectáculo!

Y se dirigió al tipo del bombín y los tirantes.

—Oiga, amigo, ¿ya han puesto a la venta las entradas?

—Creo que sí. Y en Bisbee se las están arrancando de las manos a los vendedores. Si quiere presenciar la pelea tendrá que darse prisa.

—¿Y quién ha dicho que yo quiera presenciar la pelea? Pero ¿qué dice? ¿Que se acabarán las entradas? ¡Vamos enseguida a Bisbee!

Ingrid le miró con sorna.

—Oiga, predicador: usted parece olvidar que en esta ciudad tenemos cosas más importantes que hacer.

—¡Ejem! Es cierto… ¡Oiga, amigo!

Se dirigía de nuevo al tipo del bombín y los tirantes.

—¿Qué pasa?

—¿Ha visto usted por aquí a unos jinetes con aspecto de facinerosos?

—Todos los jinetes que entran en esta ciudad tienen aspecto de facinerosos, empezando por el alguacil y terminando por el alcalde.

—Éstos eran cinco o seis.

—No estoy muy seguro. Yo acabo de levantarme de la cama, por

eso de que hay que cuidarse, y no he visto nada en todo el día. Pero me ha parecido oír ruido de jinetes. Vayan al saloon. Tal vez allí encontrarán a alguno.

—Gracias, compañero.

El del bombín alzó los puños.

—¡Oiga, Kelly! ¡Cuídese! ¡Tiene que demostrarle a Kid Gorila que hay dinamita en sus guantes! ¡Yo apostaré por usted!

—¡Menos mal, gracias, hombre!

—Apostaré por usted a que dura más de medio asalto.

Kelly se puso amarillo.

No supo si volver a dar las gracias a aquel tipo por su «confianza» o pegarle un tiro allí mismo.

Fueron al trote corto hacia el saloon.

Kelly indicó a la muchacha que entrara en el hotel, situado casi enfrente. Y pidió a Kaplan que no se metiera en aquel asunto, porque seguramente habría violencia.

Kaplan rió.

—De momento déjeme entrar —dijo—. Luego lo consultaré con el Señor Colt.

Empujaron los batientes.

Una bailarina se tensaba las medias cerca de la puerta.

Kaplan desvió la mirada.

Había unos cuantos hombres bebiendo en la barra y la cerveza corría en abundancia. Un pianista medio dormido interpretaba una alegre marcha ranchera. Sobre un tabladillo, otra bailarina se movía pesadamente, sin ninguna gracia.

El tabernero se acercó a ellos.

—¿Qué desean, amigos? ¿Usted también bebe, reverendo?

—Queremos saber si han venido aquí media docena de hombres armados —dijo Kelly.

—Han estado hace poco. Creo que han ido al hotel.

Kelly apretó los labios.

El hecho de que se alojaran en el hotel, ante las narices del alguacil, indicaba la confianza en sí mismos que tenían aquellos miserables.

El joven fue a girar hacia la puerta.

—Vamos allá —dijo.

Pero no tuvo tiempo de llegar.

En aquel momento, alguien disparó desde los batientes.

La bala se llevó cabellos de la cabeza de Kelly. Y no se llevó el bombín, del que tan orgulloso estaba, porque lo había perdido tiempo antes, durante el asalto a la diligencia. El joven se lanzó a tierra, mientras disparaba a su vez.

Kaplan sacó también el revólver.

—¡Animo, Señor Colt!

Y lanzó un terrible trabucazo.

Aquel revólver disparaba como los cañones de la guerra de Secesión que destruyeron Atlanta.

No acertó al forajido, desde luego.

La bala recorrió toda una hilera de botellas, haciéndolas polvo, y terminó descolgando un cuadro que representaba nada menos que al presidente de los Estados Unidos.

Kelly tampoco había acertado.

Pero la bala acababa de rozar de tal modo al pistolero que éste giró sobre sí mismo y dio un salto hacia atrás, rodando por el porche y cayendo de bruces en el centro de la calle.

Por un momento pareció como si la bala de Kelly le hubiera atravesado de lleno.

Kelly mismo se confió y fue a salir a la calle; esa imprudencia estuvo a punto de costarle la vida.

Su enemigo disparó por debajo del codo, revolviéndose en el último instante.

La bala produjo un corte en el pantalón de Kelly, arañándole la pierna. Y el joven disparó otra vez, desde el porche, antes de que su enemigo apretara el gatillo de nuevo.

Esta vez el plomo fue definitivo.

El forajido quedó quieto en el centro de la calle, con un orificio rojo en mitad de la frente.

Vieron sombras en la puerta del hotel, situado enfrente de ellos, al otro lado de la calle.

Kaplan aulló:

—¡Animo, Señor Coooooolt!

Y apretó de nuevo el gatillo.

¡Braaaam!

La mitad del cartel del hotel desapareció. En lugar de «Habitaciones todo lujo. Se admiten señoras», quedó lo siguiente:

«Todo señoras».

Kaplan gritó:

—¡Esto es una incitación al pecado!

Y fue a destruir el resto del cartel, pero esta vez la bala fue a parar a una de las ventanas. Un tío que se había asomado con gorro de dormir, se quedó sin gorro y por poco se queda sin calva.

Kelly atravesó la calle.

Ahora sabía que el grueso de los forajidos se hospedaba en el hotel.

Apenas había entrado en el vestíbulo, cuando distinguió a alguien que trataba de parapetarse en una de las butacas.

Los dos disparos se cruzaron materialmente en el aire.

Kelly se había lanzado en plancha en el momento de hacer fuego, adivinando el camino que seguiría la bala de su enemigo. Ésta se empotró en la puerta y casi la hizo saltar de sus goznes. Un segundo después, el forajido lanzaba un chillido casi femenino, mientras se llevaba ambas manos a la cara.

Sin embargo, Kelly no tenía el camino libre.

Las complicaciones no habían hecho más que empezar.

De pronto vio a Ingrid en lo alto de la escalera. Ingrid movía los brazos desesperadamente y trataba de decirle algo.

Un tipo vestido de negro saltó entonces materialmente sobre ella.

No la hizo rodar por la escalera, sino que la abrazó por detrás. Cobardemente, trataba de protegerse en la muchacha.

Ingrid barbotó:

—¡No tires…!

Kelly tiró.

Tenía mucha confianza en su pulso, pues colocar los puños bien es algo tan difícil como colocar bien una bala. Y clavó ésta en el único punto que el forajido tenía algo descubierto: la pierna derecha.

Pese al dolor que el plomo debía haberle causado, su enemigo no cayó. Tiró de Ingrid hacia arriba y trató de llegar al piso superior, siempre protegido tras ella.

Kelly comprendió que ahora no podía hacer fuego otra vez sin riesgo de matar a la muchacha.

Pero no por eso abandonó la persecución. Subió las escaleras a

cuerpo limpio, exponiéndose a un balazo definitivo.

Y su enemigo hubiera podido clavárselo con cierta facilidad, a no ser por los continuos movimientos de la muchacha, que trataba de liberarse. Fueron esos movimientos casi espasmódicos los que le hicieron fallar dos disparos.

Ingrid y el pistolero desaparecieron de su vista.

Pero Kelly siguió arriesgando la piel. Estaba seguro de que aquel tipo y sus compañeros raptarían a Ingrid para proteger su huida.

Y eso no iba a consentirlo.

Se pegó a la barandilla, mientras el pistolero hacía fuego otra vez. La bala y el peso de Kelly hicieron que la barandilla se viniera abajo.

Pero Kelly no cayó. Pudo sujetarse a una de las paredes, mientras disparaba de nuevo.

Ahora el pistolero fue alcanzado en un hombro.

Trató de llegar hasta la ventana más próxima, deshaciéndose de Ingrid, que estorbaba sus movimientos. Mientras tanto, disparaba por debajo del codo como una ametralladora.

Kelly salió proyectado hacia una de las puertas. Nunca se había movido tan locamente y tan dispuesto a todo.

La puerta cedió, mientras dos balas mordían la jamba, al lado de la cabeza del joven.

Kelly disparó de nuevo.

Y su enemigo atravesó la ventana, como se lo había propuesto. Pero en parte fue la bala la que le empujó. Cuando llegó a la calle, entre un estruendo de cristales rotos, estaba ya muerto.

Ingrid vaciló.

La sensación que tuvo Kelly fue la de que había sido alcanzada por alguna bala.

Impulsivamente, la sujetó. No fue solo para evitar que cayese, sino por algo más. En el primer momento no supo explicárselo. Pero lo que sí supo fue que, de repente, tenía a Ingrid entre sus brazos. Y que su cuerpo era firme y tenso.

Y que sus líneas eran jóvenes y rotundas. Y que sus curvas mareaban. Y que…

Musitó:

—Ingrid…

Ella necesitaba apoyarse en el cuerpo poderoso del hombre.

—Ingrid…

Ella había alzado la cabeza. Le miraba con los ojos húmedos y los labios entreabiertos.

—Ingrid…

El beso estaba allí, rozando sus bocas. Sólo hacía falta que se inclinaran un poco sus cabezas. Que se buscaran con los labios. Que se dejaran llevar por aquel impulso loco que les envolvía a los dos.

Kelly no pudo resistirlo.

Fue a sellar con su boca la boca de la mujer.

Pero ella se lo impidió en el último instante. Le rozó la cara con los dedos para detenerle.

—No, Kelly.

—Pero… ¿por qué no?

—Me has salvado la vida y te lo agradeceré siempre, pero…

—No te pido gratitud, Ingrid. ¿Pero no te das cuenta de que estoy deseando besarte desde que nos conocimos? ¿No has notado ya, maldita sea, que me he enamorado como un loco de ti?

—Claro que lo he notado, Kelly, y hasta te diría que no me costaría nada corresponderte. Pero hay algo más.

—¿Qué es, Ingrid?

—Aún no te he dicho para qué voy a Bisbee.

—Pues… pues no, no me lo has dicho. Es verdad.

—Entonces, más vale que lo sepas ahora, Kelly. Voy a Bisbee para contraer matrimonio. Para casarme con un hombre que va a hacerme suya.

El alguacil les recibió en su despacho poco después. Parecía muy impresionado por los últimos acontecimientos.

CAPÍTULO V

Y sobre todo, quedó muy impresionado al conocer a Kelly.

—¿Usted es el boxeador que va a enfrentarse a Kid Gorila?

—Todo el mundo me pregunta lo mismo. Sí, yo soy ese pájaro.

—Permita que le toque.

—¿Por qué?

—Cuando tenga nietos quiero poder contarles: «Yo fui uno de los últimos en tocar a Wil Kelly, cuando aún estaba vivo».

—¿Quiere callarse, alguacil? Me está poniendo nervioso.

—Perdone, no he querido perjudicarle en su moral. Al contrario, lo que deseo es ayudarle.

—Pues lo está haciendo.

—Le diré algo que seguramente le animará.

—Dígalo de una vez, cuerno.

—A lo mejor dura usted dos asaltos.

Kelly hizo crujir los nudillos, mientras miraba con odio al representante de la ley.

—¿Quiere que hablemos de otra cosa, amigo? Además, el reverendo Kaplan, aquí presente, encuentra odioso el boxeo.

—¡Sí! —gritó Kaplan—. ¡Lo encuentro odioso! ¿Usted cree que hay derecho a lo que me ha pedido un revendedor? ¡Cincuenta dólares por una entrada de última fila!

Kelly hizo crujir los nudillos otra vez.

—Más vale que cambiemos de tema, alguacil. ¿Han podido huir aquellos bandidos?

—Sí. Y como solo dispongo de un hombre, no me he atrevido a enviarlo en su persecución. Ellos eran cuatro.

—¿Y a los muertos? ¿Los ha visto?

—Sí, aquellos dos tipos… ¡Menuda pinta tenían!

—¿Los ha reconocido?

—Sólo a uno de ellos. Se llamaba Bentley, y era un sucio

pistolero a sueldo.

—¿Para quién trabajaba?

—Eso no lo sé. Lo han contratado tantos sinvergüenzas que resulta imposible encontrar una pista.

—¿Y el otro?

—El otro era un perfecto desconocido para mí, pero supongo que de la misma calaña que Bentley.

—¿Ha visto sus caballos?

—Sí, desde luego.

—¿Llevaban una marca? ¿Un círculo pequeño dentro de otro círculo mayor?

—Sí, claro que la llevaban. Me he fijado en eso. Parece la marca de un rancho.

—¿Qué rancho?

El alguacil se pasó una mano por los ojos.

—No lo sé… He tratado de hacer memoria y no puedo recordar a qué sitio pertenece esa marca. Sin embargo…

—¿Sin embargo, qué?

—No, nada.

—Usted parece haber recordado algo, alguacil. Sin duda ha estado en muchos sitios del país y ha visto esa marca en cualquier parte.

—Es posible, pero no logro concretar…

—¿En qué rancho la vio?

—No era un rancho. Eso es lo único cierto, lo único que recuerdo bien. Estoy seguro de que no era un rancho.

—Sería un animal. Por ejemplo, un caballo o una vaca. Pero ¿a quién pertenecían?

—Tampoco eran un caballo o una vaca. Ni un hierro de marcar. ¡Demonios! ¿Por qué tendré estos recuerdos tan confusos? Fue algo que no entendí, pero ahora no puedo precisar nada.

Kelly apoyó ambos puños sobre la mesa.

—Intente recordar, alguacil. Estrújese la mollera. La vida de mucha gente puede depender de sus condenados recuerdos.

El otro meneó la cabeza desesperadamente.

—Es inútil… Yo bien quisiera, pero no consigo recordar nada.

—¡Haga un esfuerzo!

—Más vale dejarlo por ahora —intercedió Kaplan—. Cuando a

uno le ponen nervioso, es peor aún. Como nos quedaremos aquí esta noche, quizá este hombre recuerde de aquí a mañana.

Kelly comprendió que al predicador no le faltaba la razón.

Nada conseguirían, estrujando como un limón el cerebro de aquel hombre.

—De acuerdo —dijo—, procure hacer memoria, alguacil. Le repito que la vida de mucha gente depende de eso.

—Claro que trataré de recordar —murmuró el representante de la ley en la ciudad de Wingate—. ¡Maldita sea! ¡Estoy seguro de que ahora no voy a poder pegar el ojo en toda la noche!

Los dos hombres y la muchacha fueron hacia el hotel que se encontraba al otro lado de la calle. Los muertos yacían a un lado del porche, y la gente se arremolinaba en torno a ellos, mientras el único ayudante del alguacil intentaba mantener el orden.

El hotelero recibió muy amablemente a Kelly.

—Buenas noches, señores. Supongo que querrán alojarse en mi respetable casa.

—Por supuesto que sí —dijo Kelly—. En su «respetable» casa.

Y dirigió una mirada de soslayo al ratero que en aquel momento le estaba birlando disimuladamente la cartera a un huésped.

—La señorita se alojará en una habitación —añadió—. Nosotros dos, en otra. Supongo que tiene habitaciones libres, ¿no?

—En efecto, señor. Dos de ellas acaban de ser «desocupadas» hace breves momentos.

Y señaló con el mentón hacia el lugar donde yacían los cadáveres.

Kelly susurró:

—Cuénteles hasta diez. A lo mejor se despiertan…

Kelly se quitó la americana, cuando estaba ya en su habitación, y pensó que empezaba a necesitar un buen lavado. Había sufrido muchos baqueteos con ella desde que emprendió el viaje hacia Bisbee, y a este paso no se podría presentar en la capital con el aspecto que requiere un boxeador que va a disputar el título, nada menos que con Kid Gorila.

Kaplan se estaba quitando también el alzacuello, después de dejar sobre la cama el Señor Colt.

—Si alguien le pudiera quitar las manchas quedaría bastante decente —dijo—. ¿Por qué no prueba con Ingrid? Las mujeres se

dan buena maña para estas cosas.

—Es cierto —dijo Kelly—. Quizá ella conozca algún sistema. Y desde luego, lo hará mejor que las camareras del hotel. Perdone un momento, Kaplan. Voy a ir a preguntárselo.

Y se dirigió a la habitación de la muchacha, a cuya puerta llamó con los nudillos.

No obtuvo respuesta.

—Ingrid… —susurró—. Ingrid…

Tampoco le contestaron.

Extrañado, Kelly empujó la hoja de madera. Vio que la habitación estaba bien iluminada y que Ingrid yacía en la cama.

La primera reacción de Kelly fue de estupor y de miedo.

Pensó que le podía haber ocurrido algo muy grave a Ingrid.

Incluso que estaba muerta.

Pero al acercarse un poco más, vio que la hermosa muchacha respiraba normalmente. Se había tendido en la cama con la falda y el calzado puestos aún, pero con su hermoso busto casi descubierto, porque se había quitado la blusa y sólo llevaba encima la ropa interior.

De todos modos no había que alarmarse, ya que las prendas interiores de la época eran sólo aptas para chicas decentes, y la muchacha sólo mostraba sus mórbidos hombros.

Kelly carraspeó.

No quería que Ingrid pensara mal.

—¡Ejem!

Ingrid despertó de repente, pegando casi un brinco en la cama. Con ojos desencajados, miró a Kelly.

—¡Blaser! —gimió.

Y se cubrió inmediatamente los hombros con un gesto espasmódico.

Kelly musitó:

—No te asustes. No enseñabas gran cosa.

—¡Lo que yo enseñe es cosa mía!

Y se cubrió todavía más, demostrando un miedo febril a ser vista. Kelly pensó que era una chica demasiado comedida y que no había para tanto.

Ella murmuró:

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo te has atrevido a entrar?

—Perdona, pero antes he llamado a la puerta. Y, al no contestarme nadie, he temido por ti.

Ingrid se pasó una mano por la frente, con gesto apesadumbrado.

—Es verdad… Me he dormido sin darme cuenta. Me he tendido sólo un momento en la cama, mientras me desnudaba, pero estaba tan cansada, tan abatida, que… Perdóname. No me he enterado de que llamabas.

—¿Y por qué te has cubierto con ese miedo? No sabía que fueras una chica tan puritana. Al fin y al cabo, no enseñabas nada.

—Ha sido un gesto impulsivo, propio de cualquier mujer decente. Y además, ése es asunto mío, ¿no? ¿A ti qué te importa?

—Hay algo que tal vez me importe más.

—¿El qué…?

—¿Quién es Blaser?

Ella se sobresaltó.

—¿Blaser? —preguntó, con una sonrisa ambigua.

—Sí. Tú has pronunciado ese nombre al despertar, sin saber aún quién estaba aquí.

—No sé si lo he dicho o no, pero en todo caso, debía estar soñando.

—Cuando uno sueña, es cuando dice las grandes verdades, muñeca.

—No sé si será verdad o mentira lo que uno dice en sueños, pero en todo caso, no veo qué puede importarte a ti el que yo conozca o no a un hombre llamado Blaser.

—Claro que me importa, porque debe ser un tipo acostumbrado a entrar en tu dormitorio.

—¿Pero tú qué te has creído? ¿Por quién me has tomado, perro?

—Óyeme bien, perra. Te he tomado por la única mujer que ha llegado a interesarme en mi maldita vida.

—¡Eso no te da derecho a…!

—¡Ya sé que no me da derecho a nada, pero quiero saberlo! ¿Quién es Blaser? ¿El hombre que va a casarse contigo?

Ingrid suspiró con cansancio.

—Déjame en paz, Kelly. Demasiados problemas tengo. Si puedo ayudarte en algo, lo haré, pero en ese aspecto de mis relaciones, déjame en paz.

Kelly se mordió el labio inferior.

—Tienes razón —dijo—. Eres una mujer libre y no sé por qué diablos te he preguntado eso.

—¿A qué habías venido, Kelly?

—A saber si conocías algún sistema para quitar las manchas de mi americana. Me temo que a este paso, no voy a tener la facha de un campeón. La gente creerá que me han tumbado antes de subir al *ring*.

—Claro que conozco un sistema. Puedes dejar la americana aquí y mañana la encontrarás limpia.

—No quisiera molestar más de lo que te he molestado ya, Ingrid. Al fin y al cabo, lo de mi americana tampoco es tan importante.

—Déjala de todos modos —dijo ella, mientras se ponía en pie.

Pero cubrió todavía más su mórbido y agresivo busto.

Kelly pensó, mientras volvía a alejarse hacia la puerta:

«¿De qué tiene miedo ésta? ¿De qué le robe un pedazo de los hombros? ¡Pero si lo que me gusta de verdad, de verdad, de verdad, son sus piernas!».

CAPÍTULO VI

Así como él había sobresaltado a Ingrid, despertándola de repente, alguien le despertó también de repente y le sobresaltó a él. Donde las dan las toman.

Debía hacer una hora que Kelly estaba dormido, cuando tuvo la brusca sensación de que había alguien más en la habitación.

Se incorporó casi de un brinco, mientras echaba mano al revólver, colocado bajo la almohada.

La luz de la luna, penetrando por la ventana, iluminaba cerca de la cama una figura confusa.

Kelly barbotó:

—Ponga las manos en alto o le abro la cabeza con un sacacorchos, amigo.

—¡No tire!

—¿Quién es usted?

—¡Encienda una luz! ¡Soy el alguacil, por cien mil pares de cuernos!

—¿Y qué quiere?

—Hablar con usted. Es urgente.

Kelly rascó un fósforo y encendió el quinqué, que estaba en la mesilla. Al hacerse la luz vio claramente a Kaplan, que también apuntaba al intruso, y sobre todo distinguió al alguacil, que les miraba a los dos con expresión temblorosa.

—Oiga, Kelly, quiero hablarle.

—¿Qué pasa?

—Era una mujer.

—¿Una mujer? ¿De qué me habla?

—Le he dicho que no podría dormir recordando lo de aquella marca. El círculo pequeño dentro del círculo grande. Pues bien, después de darle muchas vueltas, lo he recordado.

—¿Y qué es?

—Lo que le digo: una mujer. No puedo precisarlo bien aún, pero yo diría que una mujer lo llevaba en sus vestidos o algo así.

—Para eso no hace falta que nos despertara, alguacil. Ahora resulta que una mujer llevaba un vestido con redonditas estampadas. ¿Y qué?

—No es eso, Kelly. No puede ser eso. Un vestido no me hubiera llamado la atención, y en cambio, aquello me quedó grabado, aunque durante un tiempo llegase a olvidarlo.

—Pues, ¿qué diablos era?

—Podemos averiguarlo esta noche.

—¿De qué modo?

—La mujer de que le hablo tiene una casa no demasiado lejos de aquí. Muchas veces está fuera de la población, pero ahora creo que ha vuelto. Se dedica a pequeñas curas y a atender a las parturientas de la comarca. Tiene fama de ser la mejor comadrona de los contornos, y por eso la llaman desde sitios lejanos y está varios días fuera.

—¿Quiere decir que podemos hablar con ella esta misma noche?

—Yo creo que sí. Y hasta lo haría sin perder tiempo, para quitarme de la cabeza esta maldita duda.

Kelly saltó del lecho.

—Perfectamente. ¿Viene, Kaplan?

Kaplan rezongó:

—¿Usted cree que yo puedo ir a ver señoras de noche?

—Es con buena intención, hombre.

—Dicen que de buenas intenciones está empedrado el suelo del infierno. ¿Y qué pasa si esa mujer es bonita?

—Fea no lo es —murmuró el alguacil—. Hasta podría decirle que hace unos años era una auténtica belleza. Pero últimamente ha vivido tan retirada, que no ha tenido contacto con los hombres.

—Pues que dure, pues que dure… —dijo Kaplan—. Nada de contactos. Vaya usted, Kelly, mientras yo me quedo vigilando por aquí. Ah… Y mantenga a esa señora a diez yardas de distancia.

Kelly murmuró:

—A lo peor tengo que salir corriendo.

—¿Por qué?

—Porque a estas horas, seguro que la despertamos. Y si es de esas señoras que tienen un rifle cargado debajo de la almohada…

El alguacil hizo que los caballos se detuvieran a cierta distancia de la casa, parcialmente iluminaba por la luz de la luna.

—Allí es.

—¿Vive sola esa mujer?

—Sí, hasta ahora, siempre ha vivido sola.

—Pues el sitio es bastante apartado. ¿No ha tratado de atacarla nunca algún granuja de los que merodean por aquí?

—Hasta ahora, no. Y no es que quiera alabarme, pero a los granujas los he mantenido bastante a raya.

—Menos en este momento.

—¿Lo dice por aquellos forajidos? No me lo tome en cuenta. Le aseguro que no sé qué diablos está ocurriendo ahora en esta comarca. Nunca había visto tantos pistoleros juntos y nunca se habían asaltado tantas diligencias.

—Ojalá esa mujer nos aclare alguna cosa. ¿Recuerda cómo se llama?

—Ethel.

—Pues vamos allá.

Los dos hombres se apearon e hicieron el resto del camino a pie. No querían que la mujer se alarmara al oír la llegada de los caballos y les disparase desde una ventana.

Vista de cerca, se apreciaba que la casa era pequeña, pero confortable. Sobre la puerta había dibujada una pequeña cruz roja, indicativa de que allí vivía una persona que podía prestar servicios sanitarios.

—Llamaré —dijo el alguacil—. Esto es un acto legal. No quiero que se lleve un susto.

Y golpeó con los nudillos en la puerta.

Al cabo de unos momentos, una voz somnolienta, pero que se adivinaba la de una mujer joven, preguntó:

—¿Quién es? ¿Me llaman para algún parto?

—¡Le aseguro que yo no necesito sus servicios profesionales, Ethel! —mascculló el otro—. ¡Qué parto ni qué cuernos! ¡Yo tengo bigotes y soy el alguacil de Wingate!

—¿El alguacil?

—¡Sí! ¡Abra! ¡Le aseguro que no es para nada malo, sino sólo para hacerle unas preguntas.

—De acuerdo, alguacil. Allá voy.

Y por las rendijas de la ventana, vieron que una luz acababa de encenderse dentro de la casa.

Ethel iba a abrir.

Pero en aquel momento, los dos hombres alzaron las cabezas instintivamente. Les había parecido oír un lejano rumor, ese rumor característico de varios caballos lanzados al galope por la llanura.

Miraron hacia el horizonte, pero no vieron nada a causa de la oscuridad. De todos modos, el rumor se hacía más claro, más cercano y cada vez más insistente.

Kelly susurró:

—Alguien llega…

Por supuesto, alguien llegaba. El oído experto de Kelly, acostumbrado a distinguir los sonidos más insignificantes, captó el rumor de al menos siete caballos distintos. Y no llegaban por el camino normal, sino a través de unas colinas, que se distinguían vagamente al fondo.

CAPÍTULO VII

El alguacil murmuró:

—Debe de ser una patrulla.

—¿Qué patrulla?

—Ya le he dicho que no tengo más que un ayudante y no podía enviarlo en persecución de los forajidos, pero en cambio, se han organizado espontáneamente algunos grupos de voluntarios. Diez o doce en total. Ésos deben ser unos que vuelven.

—¿Y por qué habían de venir precisamente por aquí?

—¿Y por qué no? Están patrullando por todos los contornos. Y quieren asegurarse de que los forajidos no se han refugiado en esta casa.

—Ah, bien…

—Voy a decirles que estén tranquilos…

Y el alguacil avanzó unos pasos hacia los recién llegados, alejándose de la casa.

Las siluetas de los jinetes se distinguían ya con relativa claridad.

En efecto, eran siete.

El alguacil alzó las manos.

—¡Eh, muchachos…!

Pero de pronto se detuvo. A la distancia a que los tenía ahora, acababa de reconocer a los recién llegados. O más exactamente, acababa de no reconocerlos. Nada tenían que ver con la patrulla que había salido horas antes de Wingate. Entonces, ¿quiénes eran?

El alguacil preguntó:

—¿De dónde salen?

Los jinetes se habían detenido.

Nadie le contestó.

Sólo hubo una especie de trágica respuesta, cuando aquella voz gritó:

—¡Fuego!

Siete revólveres apuntaban a la vez al alguacil. Siete balas le atravesaron al mismo tiempo.

Las detonaciones, sonando todas a la vez, formaron como un trueno. Un trueno que se mezcló al grito de agonía de la víctima.

Kelly lanzó una maldición.

En aquel momento, se abrió la puerta.

Una mujer, todavía joven y que poco antes debió ser muy bonita, miraba todo aquello con ojos incrédulos, mientras se abrochaba una bata.

—¿Pero… qué ocurre?

Vio caer al alguacil y se llevó las manos a la cara, mientras gemía:

—¡Dios santo…!

Kelly, mientras tanto, no había perdido ni un segundo.

Comprendió que todos aquellos hijos de zorra eran los mismos forajidos a los que andaban buscando. Unos forajidos que habían recibido refuerzos y tomaban la ofensiva.

El alguacil ya había caído, con el cuerpo bañado en sangre.

Kelly comprendió que ahora vendrían a por él. De momento, aún no le habían visto, pero no tardarían en darse cuenta de su presencia.

Amartilló el «Colt».

Eran siete y él tenía seis balas. De modo que seis de aquellos buitres se iban a ir al infierno, antes de que transcurrieran seis segundos. En cuanto al séptimo, ya se encargaría él de que les hiciera compañía poco más tarde.

Por un momento, Kelly tuvo todas las ventajas. La ventaja de un pistolero experimentado frente a siete pistoleros que todavía no le habían visto.

Pero Ethel, al gritar, lo estropeó todo.

Había dicho: «¡Dios santo!».

Y esa exclamación la oyeron los siete forajidos. Al volver la cabeza hacia allí, vieron a Kelly.

Alguien barbotó:

—¡Cuidado!

Kelly saltó de costado, porque comprendió que inmediatamente le apuntarían a él.

Mientras saltaba, apretó el gatillo dos veces.

Su puntería fue infalible.

Dos de los individuos situados a la derecha, brincaron de sus sillas, mientras lanzaban ayes de dolor. Las balas les habían mordido en sitios tan vitales que no volvieron a levantarse más.

Kelly rodó por el suelo.

Hizo otro disparo y lo falló, al encabritarse uno de los caballos.

—¡Ethel! ¡Métase dentro. Ethel! ¡Cuidado! ¡Si tiene un arma, úsela!

La mujer fue a obedecerle, porque se había dado cuenta de lo que ocurría.

Pero los cinco jinetes que ahora estaban frente a Kelly, también tenían un plan, y lo pusieron en práctica inmediatamente.

Kelly nunca había visto una canallada de aquel calibre.

Del grupo de jinetes partió un lazo en el que la mujer quedó inmediatamente apresada. No había podido ni apartarse del umbral. A pesar del odio que sintió, Kelly hubo de reconocer que el lanzamiento había sido perfecto.

Barbotó:

—¡Hijos de perra!

Pero los insultos de poco servían en estos momentos.

El jinete que sujetaba el lazo tiró de él. Ethel fue arrastrada por encima del porche.

Kelly barbotó una salvaje imprecación. Alzó el revólver, mientras apretaba los labios, apuntando al del lazo.

—Tú lo has querido, maldito.

Para Kelly, era como si aquel tipo ya estuviese muerto.

No podía fallar.

Pero en aquel momento, otro de los jinetes se cruzó por delante, sin sospechar lo que se preparaba. Su cabeza brotó de repente en mitad del camino de la bala. Kelly oyó un aullido y un chasquido siniestro.

Mientras tanto, Ethel ya iba siendo arrastrada.

Su cuerpo saltaba por las piedras de la llanura.

Y se oyó un grito angustiado, espasmódico, su grito de mujer que se niega a morir:

—¡No! ¡No lo hagas, Blaser! ¡No lo hagas! ¡Noooooo…!

Kelly se estremeció.

¡Blaser! ¡Otra vez aquel nombre!

¡El nombre que al despertar había pronunciado Ingrid!

La duda y la indignación hicieron que Kelly perdiera unos segundos preciosos, mientras los jinetes se lanzaban al galope. Tiró rabiosamente, pero sus enemigos ya no eran más que bultos confusos en las sombras.

Oía los alaridos de la mujer.

Cada vez más lejanos.

Los espantosos alaridos de la pobre Ethel, a la que estaban dando una muerte implacable.

Kelly lamentó mil veces no haber dejado su caballo más cerca. Corrió hacia él con toda la velocidad de sus piernas y lo montó de un salto, pero cuando lo consiguió, sus enemigos estaban demasiado lejos.

Kelly picó espuelas y se lanzó al galope.

No veía ya a los forajidos.

Sólo podía guiarse por el ruido de los caballos, también lanzados al galope.

Un ansia homicida le dominaba.

Pensó que si atrapaba a aquellos buitres les destrozaría la cabeza a balazos sin perdonar a ninguno.

Pero todavía no había recorrido doscientas yardas, cuando tropezó con el cuerpo de la mujer.

Lo habían abandonado.

La luna iluminaba crudamente el patético cuadro de su cuerpo destrozado y su cara deshecha.

Kelly saltó del caballo.

Una sorda ira le dominaba.

Miró a la mujer, tratando de pensar que aún podría hacer algo por ella, pero era inútil. Hacía unos minutos que estaba muerta.

Kelly fue a cerrarle los ojos, espantosamente abiertos.

Y entonces lo vio.

Entonces vio la señal en el hombro, casi en el nacimiento del brazo derecho.

Era un círculo pequeño, dentro de un círculo mayor.

Era la marca.

Clavada a fuego en la fina piel de la mujer, como si se tratara de una res.

Kelly se puso en pie maquinalmente, mientras le parecía sentir

que el mundo entero daba vueltas en torno suyo.

CAPÍTULO VIII

¡Aquella maldita marca!

¡La que llevaban los caballos de todos aquellos forajidos!

Pero ¿por qué la llevaba también Ethel? ¿Por qué?

¿Y por qué, antes de morir, había gritado el nombre de Blaser?

Kelly se mordió el labio inferior salvajemente, hasta que sin darse cuenta se hizo sangre en él.

Todo aquello era repugnante, era odioso.

Pero al menos ahora tenía una pista y estaba dispuesto a seguirla.

Por pura rutina, miró los cuerpos tumbados aquí y allá.

Sabía que sus balas habían sido lo bastante certeras para que ninguno de aquellos hombres necesitara un «repaso».

Si los examinó uno a uno fue con la esperanza de encontrar algo que completara la pista que estaba dispuesto a seguir. Pero eran vulgares pistoleros a sueldo, como tantos y tantos otros. Después de registrarlos, no encontró en ellos nada de interés.

Kelly decidió entonces no perder más tiempo y volver a la población de Wingate.

Montó de un salto e hizo girar el caballo.

En sus ojos había un brillo febril, un brillo desconocido.

La muchacha abrió los ojos de repente, al tener la sensación de que alguien acababa de detenerse al lado de la cama. Lanzó un gemido y se sentó, mirando al hombre con ojos desorbitados.

Kelly había encendido un quinqué. La contemplaba con ojos donde palpitaba el desprecio.

—Hola, nena.

Ingrid se estremeció.

Nunca había visto a Kelly con aquella cara, con aquellos ojos, que la miraban con tan espantosa fijeza.

—¿Qué haces aquí? —barbotó—. ¿Cómo te has atrevido a entrar en mi dormitorio? ¡Vete inmediatamente!

—Quizá haya venido a buscar mi americana, chatita.

—¡Vete de aquí! ¡Estás borracho!

—Te equivocas, nena. Ni aun bebiéndome un barril de alcohol, dejaría de pensar lo que estoy pensando.

—¡Repito que… te largues de aquí!

Y la muchacha saltó de la cama, dispuesta a abofetear al hombre, si hacía falta.

Pero la derecha de Kelly la sujetó en el aire.

Como si fuera una pluma.

Aquel gigantesco puño de boxeador se cerró sobre su cuello y lo estrujó, como si quisiera estrangularla. La muchacha quedó medio colgada en el aire, inerte, sintiendo que le faltaba la respiración.

Kelly movió la mano izquierda.

Y desgarró la camisa de dormir de Ingrid, una camisa bastante severa y que tapaba por completo los hombros.

Sus ojos se desencajaron.

Sus labios dibujaron una mueca de lástima y al mismo tiempo de odio.

Porque allí estaba la señal.

El círculo pequeño dentro del círculo grande.

¡Marcado también a fuego en el hombro de la mujer, como si ésta fuera una bestia!

CAPÍTULO IX

La muchacha ya no se daba ni cuenta del dolor que sentía en el cuello.

Estaba aterrorizada.

Kelly abrió la mano y la dejó caer, como el que deja caer una cosa que ya no le sirve.

Ingrid resbaló hasta la cama.

Estaba mortalmente pálida y se sujetaba la garganta con dedos temblorosos.

Kelly, de pronto, también parecía muy cansado. Ingrid tuvo incluso la extraña sensación de que él iba a caer, y eso no le pareció lógico.

El joven se había llevado la mano al costado derecho, junto a la cintura. Respiraba fatigosamente.

—¿Estás herido?

—¡Vete al infierno!

—Me ha dado la sensación de que… de que no podías tenerte en pie.

—¡Puedo tenerme en pie perfectamente! ¡Quieta ahí!

Ingrid había tratado de huir, dominada por el miedo. La manaza de Kelly la sujetó en el aire y la envió hacia atrás, derribándola otra vez sobre la cama.

—No vas a moverte más, zorra.

—¿Por qué me llamas zorra? ¿Por qué me insultas así?

—¿Qué era lo que me ocultabas antes, al cubrirte los hombros con tanta prisa? ¿Esa señal?

Ingrid palideció más aún.

Sus labios temblaron de tal modo que le fue imposible hablar.

—Sí… —dijo al fin, tras unos instantes de angustioso silencio—. Ésa… esa señal.

—¿Qué significa?

—Algo así como un título de propiedad.

—¿Qué clase de propiedad?

—Blaser la pone en… en todo lo que es suyo.

—¿Y quién es Blaser? ¡No me digas que no lo conoces! ¡No me digas, como antes, que ese nombre no significa nada!

Los dedos de la muchacha arañaron sin que se diera cuenta su propia garganta.

—Blaser es… es el hombre con el que me voy a casar en Bisbee —dijo al fin ella, con un soplo de voz.

Ahora el que palideció fue Kelly.

Sus dientes chirriaron.

Nunca había sentido un odio tan frío e implacable como en estos momentos.

—¿El hombre con el que vas a casarte? —bisbiseó.

—Para eso voy a Bisbee.

—¿Pero… quién es?

—Tiene mucho dinero.

—¡Eso no basta! Quiero saber quién es. Quiero enterarme de qué cara tiene, además de saber que es una bestia rodeada de oro.

—Su edad es de unos cincuenta. Es muy alto y grueso. Da sensación de fortaleza… Te aseguro que te causaría impresión.

Kelly entrecerró los ojos.

Recordaba haber visto entre los jinetes a uno que era más alto y grueso que los demás. Precisamente, el que lanzó la cuerda y arrastró cruelmente a Ethel.

Lo lamentable fue que estuvo a punto de matarlo y no pudo por culpa del que, en el último instante, se cruzó en el camino de la bala.

—De modo que Blaser… —dijo con voz chirriante—. ¿Y vas a casarte con él? ¿No sabes que su marca la ha puesto ya en otras mujeres, maldita? ¿No sabes que las ha señalado como señala a sus vacas y a sus caballos?

—Ya te he dicho que pone la señal sobre todo lo que es suyo.

Los dientes de Kelly chirriaron otra vez.

No supo por qué lo hizo.

Tal vez por lo mucho que ya empezaba a quererla.

Tal vez por el odio que sentía.

Imposible de explicar en ese momento crucial. Pero lo cierto fue

que vio cómo su derecha se disparaba y se clavaba sonoramente en la mejilla de la mujer, que volvió a quedar tumbada sobre la cama.

—¿Tú has sido suya? —barbotó—. Dime, zorra, ¿tú has sido suya?

—Aún no.

—¿Ethel lo fue?

—¿Te refieres a una que luego ha estado trabajando como comadrona?

—Sí, a la misma.

—Fue una de las primeras mujeres que tuvo. Luego la abandonó, pero al menos la ha dejado en paz.

—Je, je… Eso de dejarla en paz es muy relativo.

—¿Qué pasa?

—Ya lo sabrás. Sigue diciéndome qué clase de tipo es ese bestia hijo de perra de Blaser.

—Tiene… mucho dinero. Cuando una chica le gusta, no para hasta conseguirla.

—¿Con todas se casa?

—Nunca se ha casado. Simplemente las amenaza de muerte, y si se resisten, las mata de verdad. Cuando son suyas, las marca y las tiene una temporada. Luego, las abandona.

—¿Y tú por qué eres distinta? ¿Por qué quiere casarse contigo?

—Porque ahora le interesa hacer el papel de persona honrada. Va a poner negocios serios e importantes. Y en ese sentido, parece que un hombre con familia siempre inspira a todo el mundo más confianza.

—Me has aclarado por qué él quiere casarse contigo. Pero y tú, ¿por qué infiernos quieres casarte tú con él?

—Yo no quiero.

—¿No? ¿Y haces un infernal viaje hasta Bisbee solo para tener ese inmenso placer?

—No lo entenderías nunca, Kelly.

—Claro que lo entenderé, sobre todo si me lo explicas tú. Soy todo orejas, nena. De modo que empieza ahora mismo a cantar ópera.

—Él raptó a mi hermana. Mi hermana sólo tiene dieciséis años.

—¡El muy hijo de… de…!

—Todo lo que puedas pensar, ya lo he pensado yo antes. Y

todavía cosas muchísimo más gordas.

—¿Pero le ha hecho algo?

—No, no le ha hecho nada… a condición de que yo esté a sus órdenes. La vida de mi hermana, es la moneda con la que me paga.

—¿Estar a sus órdenes? —preguntó, sardónicamente, Kelly—. ¿Sólo para casarte con él? ¿Y en qué más le has ayudado, preciosa?

—En algo que nadie me perdonará.

—¿En qué?

Ella entrelazó los dedos angustiosamente y dijo con un soplo de voz:

—En el asalto de todas las diligencias…

Quizá nunca Kelly había tenido una sensación tan brutal, tan amarga. Quizá nunca había recibido en pleno rostro un golpe atacándole tan duramente como el de aquellas palabras.

CAPÍTULO X

Estaba tan impresionado, que tardó un largo minuto en reaccionar.

Cuando al fin pudo hablar, su voz era apenas un silbido.

—¿Dices que… que le has ayudado a asaltar esas dos diligencias?

—Sí.

—¿En qué le has ayudado?

—Yo le decía por dónde teníamos que pasar y… y…

La mano derecha voló de nuevo al encuentro de la cara de la mujer.

Tampoco esta vez lo pensó.

Pero Ingrid volvió a caer, y ahora con los labios bañados en sangre.

Kelly la zarandeó.

La zarandeó brutalmente, hasta tener la sensación de que ella se le desmadejaba entre las manos poderosas.

—Y por eso organizaste la segunda diligencia, ¿no? Y por eso procuraste que hubiera al menos dos personas ricas en ella. ¡Dime! ¿Por eso la organizaste, zorra?

—Sí…

Kelly la soltó para mirarla desde arriba con infinito asco, con infinito desprecio.

—Sé que una puerca como tú es incapaz de sentir arrepentimiento —dijo—. Pero ¿no te habían contado que podía haber víctimas, nena? ¿Nadie te había dicho que podía haber muertos?

—Blaser me prometió… que no los habría.

—¿Qué es lo que te prometió ese tipo?

—Eso mismo. Que no los habría. Que todo se limitaría a un asalto sin consecuencias, en el cual, algunas personas ricas

perderían su dinero. Sólo eso. Le pregunté: «¿Pero es seguro que sólo vas a robar a los que van forrados?». Él dijo que sí, y que todo se solucionaría sin sangre. Luego vi que… que sus palabras habían sido falsas.

—Muy bien, nena. ¿Tratas de que me crea eso?

—¿Por qué no vas a creerlo?

—Porque en el primer asalto ya viste que había víctimas, y sin embargo, organizaste el segundo.

—Me obligaron.

—¿Con el cuento de tu hermanita?

—No, no se trataba ya de mi hermana. Esta vez se habían llevado como rehenes a unos pasajeros.

—Sí, eso es cierto —reconoció Kelly.

—Me amenazaron con matarlos si yo no obedecía. Por eso, para salvarles la vida, tuve que acceder otra vez.

—¿Y qué seguridad tenías de que no iban a acabar con ellos?

—No… no tenía ninguna. Pero lo único indudable era que los exterminarían si yo no hacía caso a Blaser.

Kelly se dejó caer en una de las sillas.

Estaba abrumado.

Por un lado trataba de comprender a Ingrid, pero por otra parte, sentía que le dominaban la angustia y el odio.

—Seguro que los han matado —barbotó—. No habrás conseguido nada, muñeca.

—Blaser quiere llegar a ser un político. Ahora que tiene dinero, quiere tener también el poder… Por eso cambiará quizá de actitud y será menos sanguinario. Por eso quiere casarse conmigo, parecer una persona honorable y fundar una familia.

Kelly rió silenciosamente.

Su risa destilaba amargura.

—¿Menos sanguinario dices? —murmuró—. ¿No sabes que hace poco ha matado a sangre fría al alguacil de Wingate? ¿No sabes que ha matado también a Ethel, arrastrándola con un caballo?

Ingrid palideció mortalmente.

En su rostro nacarado se hizo más intenso y angustioso aún el rojo de la sangre.

Trató de levantarse y no pudo. Apoyó la cabeza en la cercana pared mientras sollozaba convulsamente.

—Kelly… —susurró—. Kelly… Te pido el último favor. No volveré a pedir nada más, pero de verdad, esto te suplico que lo hagas.

—¿Qué he de hacer? ¿Ponerte una medalla?

—Pegarme un tiro.

Kelly llevó lentamente la mano a la culata del revólver, mientras barbotaba:

—Claro que te lo pegaré, nena. Con muchísimo gusto.

—Hazlo pronto, Kelly. Cuando me mates, habrás realizado una obra de caridad.

—No tengas tanta prisa, nena.

—¿Por qué no? ¿Qué te cuesta disparar de una vez?

—Mi venganza solo tendrá sentido si mato primero a Blaser. Va a ser un hermoso espectáculo, te lo juro. Le arrastraré con su propio caballo.

Y fue a avanzar hacia la puerta.

—Luego, te mataré a ti —dijo, vacilando.

Ella parpadeó.

Era evidente que a Kelly le pasaba algo.

—Kelly, ¿qué te ocurre?

—¡Maldita seas mil veces! No me ocurre nada.

—Pues, parece como si fueras a caer…

—¿Qué tonterías estás diciendo?

Pero vaciló al abrir la puerta. Ella bisbiseó:

—Kelly, ¿estás herido?

Y había preocupación en su voz. La había a pesar de saber que aquel hombre vivo significaba la muerte para ella.

El joven se volvió.

Cualquiera se hubiera dado cuenta de que no era el mismo a pesar de que se había rehecho.

—Cállate de una vez, puerca —dijo abruptamente—. No me pasa nada.

—Te he preguntado si estás herido. No sería tan extraño, después de todo. Desde que nos conocimos has salido de un jaleo y te has metido en otro.

—Sí, estoy herido. Pero de eso hace ya mucho tiempo y no le importa a nadie.

—¿Dónde te hirieron?

—Fue en la parte superior de la cadera, cerca del hígado. Tuve suerte y eso no afectó a mi salud, pero… pero…

—¿De vez en cuando te duele?

—Sí, de vez en cuando me produce un dolor insoportable. No es nada, según los médicos. Un simple reflejo nervioso. Pero entonces siento como si me costara tenerme de pie.

—Lo cual significa que no puedes boxear.

—En realidad, no debería hacerlo. Me expongo a lo peor.

—¿Y cómo… cómo has podido vencer en tantos combates hasta ahora?

—No he hecho demasiados. Lo que ocurre es que he subido aprisa —dijo Kelly pensativamente—. Sólo puedo confiar en una cosa: en mi pegada, que dicen que es terrorífica. Pero si me alcanzan bien a mí, las cosas empiezan a cambiar. Todos los combates los he ganado en el tercer o cuarto asalto. Si recibo un mal golpe o tengo que aguantar más de cinco *rounds*, no sé qué pasará.

Ingrid abrió mucho la boca.

Y pareció tragar aire angustiosamente, antes de decir:

—¡Kid Gorila!

—Sí, Kid Gorila me dará el mal golpe que siempre he estado temiendo, lo sé.

—Esa bestia enorme…

—No me quejo de lo que vaya a ocurrir. Al fin y al cabo, lo he aceptado libremente.

—Pero ¿por qué lo has aceptado, Kelly?

—No tenía otro remedio.

—Entonces, ya no ha habido opción. Pero ¿por qué dices que no tenías otro remedio?

Kelly apretó los labios.

Le molestaba horriblemente hablar de aquello.

Pero había comenzado y tenía que terminar. Con voz ronca, barbotó:

—Mi hermana se está muriendo. Es la única familia que tengo, ¿sabes? Necesita que la operen en Nueva York, y eso cuesta dinero. Tanto dinero como yo pueda ganar con mis puños.

Hundió la cabeza y barbotó:

—Sé que el combate con Kid Gorila va a ser el último de mi

vida, pero ganaré una buena bolsa, una bolsa que hace un año no podía ni soñar. Con ella salvaré la piel de mi hermana. La certeza de saber que Marta vive.

Ingrid se había llevado las manos a la boca.

Miraba, aterrada, como hipnotizada, la luz incierta de la habitación, mientras sentía que por sus dedos iba resbalando lentamente la sangre que manaba de sus labios.

—Kelly… —bisbiseó—. ¿Todo eso vas a hacerlo para salvar la vida de tu hermana?

—Desde luego que sí.

Y Kelly se dio cuenta entonces de que, sin querer, le daba la razón a ella. De que con sus palabras justificaba a Ingrid.

Que también él obraba pensando en otra persona. La diferencia estaba en que él perdería la vida mientras que Ingrid había perdido el honor, pensando que no correría la sangre. Diciéndose a sí misma que su acto sólo acarrearía a unos cuantos ricos la pérdida de unos cuantos dólares.

Pero no quiso pensar en eso.

Cualquier ley de Estados Unidos diría que Ingrid tenía que morir.

Y él, tras rechinar los dientes, dijo:

—No te preocupes, muñeca. Seré buen chico. Junto con la bala, te regalaré una corona de flores blancas.

Y salió, cerrando la puerta de un brutal golpetazo.

CAPÍTULO XI

Había algo que Kelly ignoraba y que ignoraría aún durante unos minutos. Se trataba de algo que en principio pudo parecerle increíble.

Pero que era rigurosamente exacto.

¡Blaser se alojaba con sus hombres en aquel mismo hotel!

Blaser no tenía nada que temer, puesto que no era conocido como el salteador y asesino que había causado ya tantas víctimas. Para Blaser, alojarse en cualquier sitio como persona honrada, resultaba normal. De modo que se alojó tranquilamente en el hotel con cinco de sus hombres.

Uno de ellos vigilaba por la ventana.

Murmuró:

—Ya sale.

—¿Sigue siendo un hombre solo?

—Exacto. Va solo.

Blaser estaba tendido en la cama.

En sus gruesos labios flotaba una sonrisa sardónica.

Acariciaba con deliberada lentitud a la más joven bailarina que había encontrado en Wingate.

—¿Dónde están los otros cuatro?

—En la esquina. Me ven perfectamente porque tenemos la habitación iluminada.

—Hazles una seña. Deben liquidar sin miramientos a ese perro. Tú, nena, acércate más.

La bailarina dijo, con una mueca de vergüenza y de asco:

—Sí, señor.

Blaser siguió:

—No quiero más problemas con ese tipejo. Vosotros salid también. Hay que atraparle entre dos fuegos y hacerle pedazos.

Los cinco hombres obedecieron.

Uno de ellos dio la señal por la ventana.

Iban a ser nueve contra Kelly.

No resultaría tan difícil obedecer a Blaser. Hacerle pedazos…

Cuando los cinco hombres descendían las escaleras del hotel, se encontraron ante un tipo realmente singular.

Por sus ropas era un predicador, pero por su pinta de forzudo cualquiera hubiese podido confundirle con un luchador o con un cargador de los muelles del Mississippi. Llevaba en la derecha una gigantesca Biblia y su izquierda se apoyaba en algo que sobresalía por debajo de su chaleco: la culata de un «Colt».

Cuando vio a los pistoleros, dijo sonriente:

—Amigos…

Los cinco torcieron sus bocas casi a la vez.

—Si quiere predicar vuelva mañana —dijo uno de ellos—. No tenemos necesidad de oír sus sermones, so batracio. ¡De modo que largo de aquí!

Kaplan dejó de sujetar la culata y alzó la mano.

—Hermanos —dijo—, a nadie le hace daño la palabra del Señor.

—A nosotros nos da dolor de cabeza.

—Si quieren puedo predicar en verso. Dicen que es mucho más agradable para el que lo oye.

—Mire, mameluco, déjenos en paz. Tenemos trabajo.

—¿Qué trabajo?

—No es precisamente el de cantar salmos —gruñó otro de los pistoleros:

—No me digan que tratan de despellejar a un hombre.

—Y si quisiéramos hacerlo, ¿qué?

—Les diría que no fueran tan cafres. Les invitaría a escuchar repetidas veces la palabra del Señor.

Uno de los pistoleros puso los brazos en jarras.

—Este tío quiere que le partamos la jeta —masculló.

Y fue a lanzar su puño derecho.

Pero Kaplan lo esquivó con más facilidad de lo que esperaban.

Flexionó la cintura y el puño no hizo más que rozarle una oreja. Inmediatamente, sin dar tiempo a nadie para reaccionar, levantó la Biblia.

—¡Os meteré este libro en la cabeza, queráis o no! —dijo.

Y lo dejó caer sobre el cráneo del que tenía más cerca.

Sonó un tremendo «catacroc».

Y el pistolero que acababa de recibir la «caricia» quedó planchado en medio de la escalera.

Kaplan masculló:

—¡Esta Biblia tiene el lomo de hierro! ¡Teníais que haberlo adivinado antes, mamelucos!

Y saltó limpiamente por encima de la barandilla.

Era tiempo de hacerlo.

Los pistoleros no iban a emplear con él sus puños, sino sus revólveres.

Un verdadero aluvión de plomo voló hacia él.

Kaplan debió a su agilidad el conservar la piel entera.

Si llega a estarse quieto durante cinco segundos más, lo dejan seco allí mismo.

Mientras rodaba por el suelo, gritó:

—¡Cuidado, Kelly! ¡No he podido detenerlos! ¡Prepárate porque van a por ti, muchacho!

Aquel grito alertó a Kelly, que en ese momento se encontraba aún muy cerca del hotel.

Aunque en realidad casi no hizo falta, porque los disparos fueron suficientes.

Se dio cuenta de que algo ocurría, y como siempre que sucedía algo le metían en el ajo a él, se puso en guardia.

En aquel momento salían de la esquina los cuatro asesinos de Blaser.

Pensaban que iban a hacer un trabajo fácil.

Matar entre los cuatro a un hombre que no les esperaba.

Pero Kelly ya se había vuelto.

Un poco a destiempo. No sabía que iban a venir por allí, y eso iba a serle fatal.

Sus enemigos le estaban apuntando ya. Tenían todas las ventajas.

Brotó un disparo.

Pero el disparo no vino de ninguno de aquellos buitres, sino de una de las ventanas del hotel. Nadie lo esperaba, y el que menos lo esperaba era Kelly.

La cabeza de uno de los pistoleros saltó.

Y entonces Kelly vio recortarse en la ventana la figura de Ingrid,

que empuñaba un «Cok». Ingrid, que con eso se había jugado la piel, porque cuando él muriese, Blaser no la perdonaría.

El disparo desorientó un instante a los pistoleros. Era lo que necesitaba Kelly para restablecer la situación y tener también tiempo de sacar.

Cuando sus tres enemigos volvieron a apuntarle, ya les miraba el ojo homicida del «Colt».

Kelly disparó rabiosamente mientras amartillaba con movimientos fulminantes, empleando la mano izquierda.

Sus tres enemigos cayeron como peleles. Ni uno de ellos apretó el gatillo.

Y en el momento de morir, los tres pensaron lo mismo, cuando ya no podían decirlo: que nunca se habían encontrado ante un enemigo tan rápido.

Pero Kelly sabía que los problemas no habían hecho más que empezar, porque la banda de Blaser era poderosa. Lo comprobó cuando cuatro hombres más salieron en aquel momento por la puerta del hotel.

Ingrid intentó disparar de nuevo, creyendo que no la veían.

Pero los pistoleros que ahora salían al exterior ya se habían dado cuenta de la situación, y no se descuidaron.

Uno de ellos saltó con rapidez vertiginosa hacia el centro de la calle y disparó contra la ventana. La bala hizo añicos uno de los cristales y obligó a la muchacha a girar sobre sí misma con un gesto de dolor.

Kelly se dio cuenta de que la habían alcanzado, y en ese momento sintió algo que nunca se hubiera creído capaz de sentir. Los músculos de su cuello se tensaron; de su garganta escapó un sonido gutural.

—¡Ingrid!

Había cometido un error al fijarse sólo en ella.

Ahora estaba a merced de sus enemigos.

Cuatro revólveres miraban hacia él cuando el reverendo Kaplan, desde dentro, decidió ayudarle. Apretó el gatillo y aquella especie de pieza de artillería de postas al que él llamaba Señor Colt disparó.

Como siempre, no hizo blanco.

Resultaba muy difícil decir si el reverendo Kaplan no tenía la menor puntería o fallaba a propósito. El caso era que no daba una a

derechas, y ahora, acabó de enviar por los aires el rótulo del hotel que ya antes había dejado reducido a la mitad.

Pero lo que quedaba aún pesaba bastante.

El soporte fue desgajado por la terrorífica bala.

Y los restos del cartel cayeron sobre la cabeza de uno de los forajidos, que empezó a lanzar una salvaje imprecación al notar la «caricia», pero no llegó a terminarla. Inmediatamente rodó por tierra, perdido el conocimiento.

Los oíros tres le miraron fugazmente. Y esa especie de fugaz parpadeo fue lo que bastó a Kelly para saltar de costado hacia uno de los porches.

Dos balas rozaron sus piernas.

Otra se le llevó parte del cuello de la camisa, sin rozarle la piel por puro milagro.

Kelly no tuvo tiempo de disparar.

Hubo de rodar por las tablas del porche, sin preocuparse de lo que no fuera esquivar las balas.

Los tres pistoleros fueron hacia él.

Desde una ventana, Blaser aulló:

—Pero ¿A qué esperáis? ¡Matadle, cobardes! ¡Hacedle pedazos!

Kelly saltó de nuevo.

Un banco que había en el porche y donde a veces se sentaban los viejos de Wingate a fumar sus pipas, saltó por los aires.

Kelly recibió una tremenda costalada, pero pudo disparar por entre las patas del mueble.

Uno de los pistoleros estaba ya en los peldaños, junto a la casa.

Lanzó un grito de furor que pronto se transformó en un gorgoteo de agonía.

La bala le había penetrado por debajo de la barbilla, seccionándole la yugular. Los otros dos corrieron a lo largo de la calle, disparando locamente, mientras intentaban tomar posiciones.

Kelly comprendió que si los dejaba estaba listo.

Saltó al centro de la calle y dio en ésta una vuelta de campana al adivinar que enviarían contra él un par de balas rasas. Una de ellas zigzagueó y pasó lejos, pero la otra le produjo incluso una leve rozadura en la sien.

Kelly patinó materialmente por el polvo.

Incluso por un instante dio la sensación de que le habían

alcanzado.

Sus dos enemigos se volvieron a la vez, dejando de parapetarse para aprovechar aquella oportunidad.

Pensaron que ahora podrían rematar a Kelly.

Éste disparó desde el suelo, dibujando con el revólver un rápido movimiento de abanico. El pistolero que estaba a su derecha y que corría hacia él, se detuvo de pronto, se elevó extrañamente en el aire y cayó de bruces mientras de entre sus cejas brotaba un hilillo de sangre.

El otro intentó huir.

Tenía tanto miedo que no pudo resistirlo más. Corrió hacia la esquina, donde podía quedar protegido por una gran pila de barriles.

Kelly no disparó contra él porque jamás tiraba contra un enemigo por la espalda. Pero Blaser, que lo estaba viendo todo desde la ventana de su habitación, no pareció pensar lo mismo.

Sus labios dibujaron una mueca de desprecio.

Barbotó:

—¡Cobarde!

E hizo fuego sobre la espalda de su propio pistolero para impedir que escapara. El forajido alzó los brazos al aire, lanzó una ronca maldición y se volvió empuñando todavía el «Colt», al adivinar de dónde había venido la bala.

Pudo ver todavía a Blaser, que le apuntaba con las facciones congestionadas por el odio.

El pistolero balbució:

—Mal… di… to…

No pudo decir más.

Bruscamente, un chorro de sangre saltó a su boca, y cayó de bruces mientras teñía el polvo de rojo.

Y entonces, Blaser pareció darse cuenta de la terrorífica situación.

Estaba solo.

Sus pistoleros habían muerto, a excepción de uno que yacía sin sentido en la calle.

Y Blaser, que jamás se había defendido cara a cara, comprendió que ahora tenía que luchar.

Miró a la joven bailarina.

Ella estaba aterrada en el fondo de la habitación.

Blaser se apartó de la ventana y la sujetó de un zarpazo.

—¡Vamos a salir a la calle, maldita! ¡Tú tienes que ir delante de mí! ¡Y como trates de huir, te mato!

Kelly, mientras tanto, corría hacia la entrada del hotel.

Lo único que le interesaba en este momento era matar a Blaser. Quizá por eso llegó a obsesionarse y no se dio cuenta de que el hombre que había perdido el sentido se movía poco a poco.

Y aún tenía el revólver en la mano.

Vio pasar a Kelly y sus ojos brillaron malignamente mientras alzaba el cañón.

Kelly no podía verle, pero en cambio le vio Kaplan, el predicador.

Éste envió una andanada con su Colt y provocó, al hundir la bala en el suelo, una verdadera tempestad de arena delante de los ojos del pistolero.

Hubo de parpadear unos segundos.

Kelly había oído el disparo y se dio cuenta de la situación.

Se volvió vertiginosamente y disparó por debajo del codo al tiempo que su último enemigo se disponía a apretar el gatillo.

La bala le atravesó la frente.

Y el pistolero cayó hacia atrás, con los ojos desencajados, sin comprender aún que Kelly hubiera podido ser tan rápido.

Mientras tanto, Blaser había comenzado a descender temblorosamente las escaleras del hotel. Dos pasos por delante suyo llevaba a la bailarina, a la que apuntaba cuidadosamente en la nuca.

Vio a Kelly en el vestíbulo.

Los ojos de Kelly despedían un fulgor asesino.

Pero se dio cuenta de lo que su enemigo pretendía. Se percató de que éste apuntaba implacablemente a la nuca de la muchacha.

—Suelta el revólver o la mataré —dijo Blaser—. Levanta las manos y déjame paso libre o te juro que ella lo paga.

Kelly ni siquiera parpadeó.

En realidad, aquella mujer le importaba muy poco. Lo, único que quería era matar a aquel buitre de Blaser.

Pero no a costa de una víctima inocente. De modo que alzó poco a poco las manos, dudando entre obedecer o no.

Blaser desvió el cañón unas centésimas de pulgada, mientras la sonrisa maligna se hacía más ancha en sus labios.

Bruscamente aquel cañón pasó a apuntar a la cabeza de Kelly. Pero éste hizo algo con lo que Blaser no contaba.

No empleó el «Colt».

Se limitó a lanzarse ágilmente a tierra, sobre la alfombra, mientras la bala del asesino se clavaba a dos pulgadas de su cabeza.

Kelly tiró de aquella alfombra, que no estaba demasiado bien sujeta a los peldaños, sobre todo después de la gran cantidad de balas que habían pasado por allí. No logró arrancarla, naturalmente, pero sí consiguió que el suelo pareciera vacilar unos momentos bajo los pies de Blaser.

Éste lanzó un auténtico alarido y disparó dos veces más, pero ya sin apuntar, mientras rodaba escaleras abajo.

La bailarina cayó por un costado de la barandilla rota.

No se hizo ningún daño, aunque lo cierto es que no se hubiesen preocupado de atenderla. Una vez puesta a salvo, no volvieron a mirarla.

Las miradas de Kaplan y de Kelly estaban clavadas en el buitre más grasiento de todos: en aquel maldito de Blaser.

El predicador barbotó:

—¿Y si le echara un bonito sermón antes de que le hagas justicia, Kelly?

—No se preocupe, Kaplan, no tendrá tiempo de escucharlo.

Pero en contra de lo que esperaba, Blaser demostró aún tener energías. Guiado por el miedo, corrió hacia la calle con una velocidad que los dejó a todos boquiabiertos.

Kelly no había tenido tiempo de alzar el «Colt» otra vez cuando ya Blaser saltaba hacia uno de los caballos que había en el amarradero del saloon.

Deshizo el nudo de las riendas en un santiamén, inclinándose sobre el cuello del animal, y picó espuelas.

Pero actuó demasiado aprisa. Es decir, hundió las rodelas en los ijares del animal cuando aún estaba del todo inclinado sobre el cuello de éste.

El caballo lanzó un relincho y saltó hacia adelante, haciendo bambolearse al jinete y enviándolo al fin por encima de las orejas. Blaser se estrelló contra el amarradero, mientras el caballo se

lanzaba a un galope furioso.

Se oyó un espantoso alarido.

Kelly tuvo que entrecerrar los ojos, mientras balbucía:

—Dios santo… ¡Ha quedado estribado!

En efecto, Blaser tenía el pie izquierdo sujeto por el estribo, y colgaba del enloquecido caballo lanzado a galope. Se le vio dar dos vueltas por la calle mientras los alaridos se hacían más angustiosos cada vez.

Alguien gritó:

—¡Matadle! ¡Matadle de una condenada vez!

Pero nadie disparó. Kelly, que hubiera podido hacerlo, pensó que aquel asesino estaba teniendo la misma muerte que él dio a Ethel. Que se aguantara, pues. Donde las dan las toman.

Pronto los aullidos cesaron.

El caballo salió disparado hacia la llanura, intuyendo que llevaba un cadáver tras él. Un espeso rastro de sangre marcó su paso.

Kelly se puso en pie.

Después de la muerte de Blaser, le parecía que todo había cambiado. Que hasta las luces de la ciudad eran distintas.

Pero aún le quedaba algo por hacer, y él lo sabía. Era algo angustioso.

Tenía que comprobar si Ingrid estaba muerta.

Él mismo la había visto caer.

Si la bala la había alcanzado bien, la muchacha en estos momentos ya estaría desangrada.

Nunca a Kelly le habían parecido tan largas unas escaleras, unos pasillos, unos minutos.

Nunca había tenido en la garganta aquella bola angustiosa que le impedía respirar, y en los ojos aquella especie de nube que se lo hacía ver todo como en una rara pesadilla.

Empujó la puerta de la habitación de Ingrid. La sensación de pesadilla se acentuó.

Vio con ojos desorbitados a la muchacha junto a la ventana.

No podía olvidar que ella unos momentos antes le había salvado la vida.

En el peor momento, cuando estaba perdido sin remedio, una bala de Ingrid había cambiado el curso de las cosas para siempre.

Se inclinó sobre ella.

En el primer momento, no pudo ver si la herida era importante o no, aunque enseguida comprobó que había muy poca sangre.

Pero él sabía bien que hay heridas mortales que son completamente «limpias», heridas por las que sólo se sangra unas gotas.

Alzó la cabeza de la muchacha.

—Ingrid, ¿estás bien?

Ella entreabrió los ojos.

Aunque estaba muy pálida y se la notaba sin fuerzas, trató de sonreír.

—Kelly… Ahora puedes… puedes entregarme si quieres a un juez.

—No creo que sea necesario, Ingrid.

—¿Qué ha pasado con Blaser?

—Ha muerto.

Una expresión de alivio pasó por el rostro de la muchacha, que sin embargo, no pudo borrar de sus labios aquella mueca amarga.

—Yo también debo morir, Kelly. Es justo que sea así. Yo también… soy culpable.

—Tú me has salvado.

—Eso no… no importa, Kelly. Te juro que él me dijo que no habría víctimas, pero yo… yo no debí creerlo…, Soy culpable y tengo que… que pagar…

Kelly selló sus labios apretándolos con infinita suavidad.

Luego la tomó en volandas y la depositó suavemente en el lecho con infinito cuidado. Ella gimió.

—¿Dónde duele, Ingrid?

—Ha sido en… bueno, casi en la cintura más o menos donde te dieron a ti…

Kelly no tuvo ya más miramientos.

Desgarró las ropas, enfrentándose de una vez con la realidad de la herida.

Y entonces un suspiro de alivio escapó de entre sus labios.

La bala tenía orificios de entrada y salida casi juntos, o sea, que no había desgarrada ninguna zona importante del cuerpo.

Se trataba de poco más que una rozadura, y bien podía decirse que en aquellos momentos, Ingrid había estado de suerte.

—Un poco más al centro, y ya no lo cuentas más, muñeca.

—¿Crees que podré seguir el viaje?

—¿Por qué quieres llegar ahora a Bisbee?

—Mi hermana… está allí.

—Comprendo.

—Necesito salvarla cuanto antes. Sacarla de aquel maldito agujero… Dime, ¿crees que podré seguir?

—Estoy seguro de que sí. Avisaré al médico enseguida para que te vea.

Y fue hacia la puerta.

En aquel momento, se oyó el vozarrón de Kaplan, que decía:

—Sí, doctor, suba… Está en aquella habitación. Yo no sé si es grave, pero cuando suba Kelly se lo explicará. Y, óigame bien, doctor, si la cura, le proporcionaré una entrada para el combate. Una entrada de primera fila…

Tardaron dos días en llegar a Bisbee.

CAPÍTULO XII

Quizá en un día y medio o algo menos hubieran podido recorrer la distancia que les separaba de la ciudad, pero a costa de que la diligencia traquetease como la caldera del demonio, y ése fue un lujo que no se pudieron permitir porque en ella llevaban a una mujer herida.

Como suponía Kelly, el balazo no era grave, pero necesitó unos vendajes y un tratamiento.

Formaba parte de ese tratamiento el evitar a la paciente sacudidas bruscas durante el transporte.

—Dentro de una semana ya estará bien —dijo el médico—. Pero eso será si no hacen tonterías. Ya que ha tenido suerte, no la malogren ahora.

Y por eso la diligencia tardó algo más, aunque llegaron con tiempo suficiente a Bisbee.

El combate no se celebraba hasta el sábado por la noche, y ellos se presentaron en viernes.

Toda la ciudad parecía en fiestas.

La animación era fabulosa.

Se había hecho coincidir la pelea con una feria de ganado, de modo que había gente de todas partes.

El éxito de la velada pugilística estaba asegurado.

Por las entradas, incluso las más modestas, se pagaban cifras exorbitantes.

Grandes carteles adornaban las calles.

Y en todos, el mismo nombre, en letras cada vez más grandes, cada vez más detonantes, en chillones colores amarillos o rojos:

KID GORILA KID GORILA KID GORILA

Kaplan miró aquello pensativamente.

—Parece que la gente le estima aquí —dijo—. A pesar de lo bestia que es, le aprecian.

—Creo recordar que nació aquí —murmuró Kelly—. Sí, él es natural de Bisbee. Pelea en su tierra y por eso le animan. Y en cuanto a lo de bestia, precisamente es eso lo que les gusta más a sus paisanos.

—No deberían permitir esa pelea —balbució Ingrid—. Pues va a ser un espectáculo innoble y salvaje.

Kelly trató de sonreír.

—¿Por qué dices eso? A lo mejor resulta incluso hasta divertido.

Pero de pronto se le heló la sonrisa.

Había visto un retrato suyo en un lugar distinguido de la calle principal.

Pero no era que le hiciesen un honor.

Al contrario.

El retrato de Kelly estaba junto a los de otros dos boxeadores que parecían mirar a la posteridad con cara de asombro.

Bajo las fotos, un letrero decía:

Los dos hombres a los que mataron los puños
fulminantes de Kid Gorila.

Y debajo del de Kelly:

¿Será éste el tercero?
¡Amigos, se admiten apuestas!

CAPÍTULO XIII

El *ring* había sido instalado en el centro de una enorme explanada donde hasta el día anterior se había estado celebrando la feria de ganado.

Allí se hubiera podido edificar un verdadero estadio, tan grande era. Y pese a sus enormes dimensiones, todo estaba completamente abarrotado de público, de modo que no cabía ni un alfiler.

El vestuario de los boxeadores y todos los demás servicios anexos estaban situados en un barracón muy bien construido, el cual se alzaba en una pequeña eminencia desde la que se distinguía muy bien el *ring*.

Para llegar a él sólo había que bajar unas escaleras y recorrer un largo pasillo entre el público, que ya bramaba de impaciencia.

Los otros combates también habían sido bastante buenos.

Precisamente el que se celebraba ahora, como semifondo, era realmente extraordinario, con dos boxeadores valientes, duros y nobles.

Pero el público no les prestaba demasiada atención a éstos.

Lo que quería la gente era ver a Kid Gorila.

Ver cómo triunfaba sobre su víctima de turno. Ver cómo lo hacía polvo.

Kelly miraba pensativamente, a través de una de las ventanas del barracón, el *ring* sobre el que se iba a desarrollar la última pelea de su vida.

No tenía la menor duda acerca del resultado de la misma.

Y apenas tenía tampoco dudas de lo que iba a pasar en cuanto Kid Gorila le cazara bien. Justamente hoy movía muy mal la cintura, a causa del dolor que le producía el antiguo balazo. No iba a poder esquivarle ni siquiera durante el primer asalto.

El que iba a ser su manager le estaba vendando bien las manos para que no se las rompiera al golpear.

Kaplan, en un rincón, miraba aquello en silencio, mientras que Ingrid tenía la expresión absorta, perdida, y diríase que en sus ojos brillaban dos lágrimas.

El manager susurró:

—Creí que ibas a venir antes, Kelly. Habíamos quedado en que nos encontraríamos aquí el jueves.

—Ya te lo expliqué al llegar. Tuve una serie de contratiempos que no imaginaba.

—¿Cómo te sientes?

—Hum…

—No pareces muy animado, que digamos.

Kaplan murmuró:

—¿Cuánto peso le lleva Kid Gorila?

—Veinte kilos.

—Pues entonces ese combate es ilegal. No pueden enfrentarse dos hombres que pertenezcan a categorías tan distintas. No hay derecho.

El manager cabeceó tristemente.

—Amigo, en este país no hay todavía ninguna clase de organización. Quizá dentro de unos años la haya, pero ahora… ¡Puaf! Nosotros vamos a cobrar la mayor bolsa de toda nuestra vida, y por lo tanto, tenemos que cerrar los ojos a muchas cosas. Por ejemplo, a los pesos falseados. Porque a Kid Gorila le rebajarán kilos, y a Kelly se los pondrán. ¿Qué quiere que le diga? Lo toma o lo deja.

—¡Pues yo lo dejaría! —bramó Kaplan—. ¡Y ahora mismo voy a hablar con los organizadores! Vamos a hablar yo y mi buen amigo el Señor Colt.

Kelly le detuvo con un gesto.

—Se lo agradezco, Kaplan, pero es inútil. Necesito con desesperación ese dinero. Ingrid ya sabe por qué. Después de todo, puedo tener suerte y noquearle.

—Sí, ¿eh? Pues oiga lo que le digo: ja, ja, ja.

—Bueno, pues me noqueará a mí, pero no por eso va a matarme.

—Entonces haga una cosa, Kelly. Aguante el primer asalto y déjese caer en el segundo.

El manager meneó la cabeza otra vez.

—Me temo que no va a poder ser, señor Kaplan. Por lo menos no

le conviene hacerlo.

—¿Por qué?

—Los organizadores no quieren que se le dé al público gato por liebre.

—¿Y qué han pensado para evitarlo?

—Han dividido la bolsa en diez partes. Si Kelly aguanta diez asaltos o si vence antes, la cobrará toda. Si cae en el primer asalto, sólo cobrará una décima parte. Si lo tumban en el segundo, dos décimas partes, y así sucesivamente. O sea, que tiene que aguantar en pie diez asaltos o noquear antes a Kid Gorila para cobrar todo el dinero que necesita.

—Pero… ¡pero eso es salvaje! ¡Kelly no podrá resistir tanto! Y en cuanto a lo de noquear a Kid Gorila… ¡que ni lo sueñe!

—Lo siento, pero son las condiciones del contrato, y nosotros lo hemos aceptado.

—En tal caso, no hay duda de que el pobre Kelly morirá como han muerto los otros. Y eso no estoy dispuesto a consentirlo.

—Me alegro mucho. Pero ¿qué piensa hacer, reverendo?

Kaplan miró sombríamente al manager.

—Pienso situarme al borde del *ring* con mi amigo el señor Colt, y cada vez que Kid Gorila mueva las manos, le hago patinar una bala por delante de las narices.

—Me temo que eso sea ilegal. La gente de al lado lo linchará a usted en cuanto lo vea.

—Ilegal, ¿eh? Más ilegal es falsear los pesos. Pero déjenme a mí. Lo consultaré con el Señor Colt y él me dirá lo que tengo que hacer.

En aquel momento se abrió la puerta.

Un tipo con jersey de cuello alto, bombín y tirantes, que sacaba pecho al andar, entró en aquella parte del barracón.

—Kelly, ¿estás listo?

—¿Ha llegado la hora?

—Hijo, ni que te fueran a colgar. ¡Lo dices de una manera!

Kelly sonrió, tratando de animarse.

—¡Bah! Lo noqueo en tres asaltos.

Y se dirigió hacia la puerta.

El combate anterior había terminado.

Se oían los aullidos de la multitud, que vitoreaba al púgil vencedor, mientras los cuidadores se llevaban medio a rastras al

otro.

Al cabo de unos instantes, se produjo un denso silencio.

Los dos púgiles habían desaparecido.

Y entonces el público empezó a gritar nuevamente, pero ahora de otra manera. Ahora era un aullido monocorde, rítmico, un aullido que casi hacía estremecer.

Miles y miles de gargantas entonaban un solo nombre:

—¡Kid Gorila! ¡Kid Gorila! ¡Kid Gorila!

El barracón temblaba.

Kid Gorila era el ídolo de Bisbee.

La gente deseaba una victoria apabullante, una victoria que dejara a su rival a punto de ir al valle de Josafat.

Kelly estaba ya en la puerta.

Ingrid le miraba con los ojos muy abiertos. Con unos ojos húmedos donde se veía toda la pena, toda la angustia del mundo.

Eran los ojos de una mujer a la que no le hubiese importado morir.

—Kelly… —bisbiseó—. No vayas…

Kelly le acarició la mandíbula con dos dedos, mientras trataba de sonreír.

—Ya es tarde para pensarlo, muchacha. Me esperan.

—Déjate caer en el primer asalto. Yo reuniré el dinero que haga falta. Haré… haré lo que sea… me rebajaré hasta lo más humillante, pero tú no llegues hasta el final, Kelly.

Él vio sinceridad en los ojos de la mujer.

Aquella mujer a la que ya debía la vida.

La que había pagado con su sangre, pues aún conservaba las huellas de la herida que le produjo la bala, todos los errores que pudo cometer.

Kelly obedeció a aquel impulso repentino que le había dominado desde que la conoció. Aquel impulso que siempre le estaba gritando: «¡Bésala de una vez, so camello!».

Y Kelly la besó.

Pero no precisamente como un camello, claro. La besó como un gorila.

Kaplan murmuró:

—¡Ejem! Están ustedes tan juntos que por en medio no pasa ni una bala del Señor Colt.

Kelly e Ingrid se separaron.

El joven ya no podía permanecer más allí.

Hasta las paredes temblaban ya con aquellos gritos estentóreos:

—¡Kid Gorila! ¡Kid Gorila!

El enorme recinto parecía que iba a hundirse.

Las ovaciones eran como un trueno que lo llenaba todo.

Kelly, a medio salir, miró desde la puerta y comprendió la razón. Kid Gorila ya estaba subiendo al *ring*. Sus admiradores le animaban y le palmeaban la espalda. Una espalda donde había sitio para cien manos, porque era la más ancha y atlética que Kelly recordaba haber visto en su vida.

Y no quería pensar en los puños.

El dibujante que pintó en los carteles aquellas dos locomotoras se había quedado corto.

El manager dijo a Kelly:

—Hala, muchacho, valor.

Y añadió, para animarle:

—Al fin y al cabo, sólo se muere una vez.

Kelly le miró de soslayo mientras descendía los escalones.

—Eres estupendo para ponerlo a uno en forma, amigo.

—Lo de la muerte he querido decirlo por él. A lo mejor lo cazas.

—De eso tengo miedo.

—¿Por qué?

—Porque si lo cazo, me rompo el puño.

—Oye, Kelly, a ti no hay quien te anime.

—Y después de oírte a ti, mucho menos.

Estaban los dos en el pasillo que descendía hasta el *ring*, flanqueados por el público. Y en contraste con el griterío anterior, se había producido un tremendo silencio. La gente miraba a la nueva víctima del campeón.

Le miraban con curiosidad y con lástima, pero también con respeto.

Todo el mundo parecía preguntarse cuánto iba a resistir.

Kelly oía los comentarios a su paso:

—Pues tiene buena planta…

—Éste no es como los otros.

—¿Tú crees que puede dar un disgusto a Kid?

—No, eso no, de ninguna manera. Pero quizá aguante hasta

ocho asaltos.

—Peor para él. Va a ser una carnicería.

—De todos modos, fíjate en sus puños.

—Son algo serio.

Kelly subió al *ring*.

Lo que nadie veía era la vieja lesión de su cintura. Aquel residuo del balazo que de vez en cuando le crispaba de dolor y que le impediría pelear bien en los momentos cruciales, cuando realmente los puños de Kid Gorila pudieran significar la muerte.

Kid Gorila no le había visto hasta entonces.

En aquel combate se había prescindido hasta de las ceremonias del pesaje.

¿Para qué, si iba a haber una monumental trampa? ¿Para qué, si a cada uno de los combatientes le habían asignado el peso que más le convenía al organizador?

Por tanto, era la primera vez que Kid Gorila tenía enfrente a su rival.

Le midió con la mirada.

Una mirada indescifrable y cargada de recelo.

Eso sorprendió a Kelly.

¿De qué recelaba Kid Gorila, si con su pegada podía resolver el combate en un asalto?

¿O acaso se preguntaba simplemente cuánto le iba a durar su víctima?

El árbitro los llamó a los dos.

—Muchachos, he examinado los guantes y todo está correcto. Pero antes de que empiece el combate, voy a haceros unas advertencias. Quiero un combate noble y limpio. Aparte de eso, lo permitiré todo menos pisotones en los callos y cabezazos a la tripa. Tampoco me gustaría que hubiera accidentes. No quisiera que ninguno de los dos muriese, pero si alguien la diña, mala suerte. Cuando yo grite break deben separarse como buenos deportistas honrados que son. Ahora bien, si mientras uno se separa el otro le larga un guantazo, allá él. No se den cabezazos ni mordiscos, y si se los dan, procuren que no se vean. En cuanto a los golpes bajos, yo no suelo enterarme, pero no los den descaradamente. Es decir, quiero que sea un combate limpio, noble y deportivo. Y ahora, chicos, dense las manos y a pelear.

Efectivamente, se dieron las manos un momento. Sobre ellas ya estaban ceñidos los guantes. Las manos de Kid Gorila hacían el doble de bulto que las de Kelly.

Mientras estaban en su rincón, el presentador dio a gritos los nombres y los pesos.

Se armó un verdadero maremágnum de entusiasmo cuando fue pronunciado el nombre de Kid Gorila.

Kelly cerró un momento los ojos, pensando en lo que iba a suceder. Se concentró en sí mismo. No quería ver, al borde del *ring*, los ojos preocupados de Kaplan, ni las pupilas llorosas de Ingrid.

Se produjo un momento tenso, de insoportable, de angustioso silencio.

¡Y sonó el gong!

Hubo un verdadero griterío de entusiasmo cuando los dos combatientes fueron al centro del *ring*. Todo el mundo daba por descontado que el combate terminaría enseguida.

Kid Gorila, a las primeras de cambio, disparó su derecha con la velocidad y la fuerza de un cañonazo.

Pero su técnica era demasiado primitiva.

Quizá a un boxeador más asustado le hubiera hecho polvo.

Pero Kelly estaba convencido de que aquello iba a terminar en un desastre para él, y eso le daba una rara serenidad.

Esquivó fácilmente, con una ágil flexión de cintura.

El dolor le avisó. Fue como si una vocecita le dijera: «Cuidado, no podrás repetirlo».

Lo único que produjo el puño de Kid Gorila fue una enorme corriente de aire.

Se le vio desconcertado unos instantes. Kelly aprovechó para meter por debajo de la guardia el puño izquierdo.

Fue un golpe al hígado de los que dejan a uno tieso.

Pero Kid Gorila ni se enteró. Lanzó otra andanada.

Kelly esquivó patinando materialmente ante las cuerdas.

La diferencia de peso le favorecía de momento, permitiéndole mayor agilidad. En cambio. Kid Gorila se movía como un oso.

La próxima andanada tampoco le alcanzó.

Kelly, sabiendo que todo estaría perdido dentro de poco, buscó el golpe desesperado. Su enemigo volvía a tener la guardia

demasiado alta y él se metió materialmente por debajo de ella. Sus puños fueron en un perfecto uno-dos a la mandíbula del campeón.

Éste se tambaleó.

Fue por la sorpresa más que por el dolor, ya que Kid Gorila era una auténtica roca.

Pero el público empezó a sisear, sorprendido por la extraña marcha de la pelea.

Kid Gorila fue a lanzarse a fondo.

Y Kelly lo esquivó de nuevo, largándole de pasada un fulminante izquierdazo al hígado. Pero el dolor fue tan vivísimo en su cintura, que por un momento quedó sin respiración.

Se dio cuenta de que aquello era el fin.

¡Y aún no habían llegado a la mitad del primer asalto!

Kid Gorila venía hacia él como un mastodonte, pero respirando mal. Kelly empleó la única táctica que podía emplear en ese momento: dejarle venir y abrazarse a él.

Kid Gorila trató de golpearle en los flancos.

Pero carecía de técnica y lo único que consiguió fue castigarle la espalda.

Resoplaba como un condenado.

Por lo visto, el segundo golpe al hígado le había afectado más de lo que parecía.

Pero Kelly no podía más.

La cintura le dolía horriblemente. Se daba cuenta de que dentro de poco apenas podría flexionarla.

Estaba perdido, aunque no quisiera reconocerlo aún.

Per-di-do.

Y entonces oyó la voz de Kid Gorila, que estaba materialmente pegado a él.

—Oye, tú, no me comprometas.

—¿Qué dices?

—Que no atices tan fuerte.

—Pero ¿y tú?

—Yo siempre pago para que mis rivales se dejen caer en los primeros asaltos.

—¿Bromeas?

—¿Es que no te han pagado a ti? ¿No te ha visitado mi manager?

—Pues… pues… pues no.

—Debía pensar que eras insignificante y que no valía la pena. Pero ¡cuerno! Pegas como una mula.

Mientras hablaban en voz baja, se iban atizando sin demasiada fuerza. El público empezó a protestar, pero sin demasiada convicción, porque aún tenía fe ciega en Kid Gorila.

El árbitro vio que estaban a una distancia en que no podían atizarse de ningún modo.

Gritó:

—¡Break!

Los dos se separaron y se largaron al mismo tiempo una andanada.

La cosa no era demasiado deportiva, pero como el árbitro ya les había advertido que haría la vista gorda… los dos se cazaron de lleno.

Sonó un doble «catacloc» que hizo al público levantarse de sus asientos.

Estaban de nuevo en el centro del *ring*. Kelly respiraba con dificultad, no por los golpes, que no tenían demasiada importancia, sino por el dolor que le producía la vieja herida.

Además, estaba tan sorprendido por lo que pasaba, que no acertó a cubrirse.

Kid Gorila vino hacia él, dispuesto a acabar por la vía rápida. Parecía una montaña en movimiento. Sus pasos hacían temblar las tablas que había bajo la lona del *ring*.

Pero asentaba mal los pies y no sabía apoyarse. Kelly, que era mucho mejor boxeador, lo notó.

Esquivó saltando de costado, paseó su guante izquierdo por delante de las narices de Kid Gorila y disparó su derecha contra la sien de éste.

Kid Gorila chocó con él.

Se abrazaron en un «clic» tan estrecho que el árbitro empezó a gritar enseguida:

—¡Break! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡No se peguen!

Kid Gorila resopló:

—So bestia, no me comprometas. Yo creí que todo estaba arreglado.

—Pero ¿no sabes boxear?

—¿Qué voy a saber? Lo único que yo sé es partir troncos de un solo hachazo.

—¿Y… y los dos muertos?

—¿Qué dos muertos?

—Los dos rivales que tú liquidaste, so cafre.

Kid Gorila, que tenía la mandíbula apoyada en su hombro, barbotó:

—¡Pero qué muertos ni qué café con leche! Todo estuvo preparado por mi manager. Así tenía fama de hombre terrible. A los dos se los llevaron de aquí a rastras y luego dijeron que estaban muertos y que se los habían llevado para sepultarlos en su tierra. Pero están muy vivos. Hasta me escriben y me envían tabaco.

El árbitro les veía mover los labios, pero pensaba que se estaban insultando.

De Kid Gorila se podía esperar cualquier cosa.

Los de las primeras filas también pensaban que se estaban insultando.

Los gritos y las protestas iban *in crescendo*.

—¡No tenéis más que lengua! ¡Hala, a pelear! ¡La valentía se demuestra con los puños, no con la lengua!

El árbitro también gritó:

—¡Sepárense! ¡Y a pelear, cobardes!

Kid Gorila lanzó una andanada.

Pero era muy mal pegador.

Tenía mala puntería.

¿O quizá el tío bestia tenía demasiada?

Él caso es que alcanzó al árbitro de lleno.

El árbitro dio una especie de voltereta, se agarró a las cuerdas y estuvo a punto de descalificar a Kid Gorila.

Pero no se atrevió. Eso hubiera provocado una terrible tempestad en Bisbee.

Para que no faltase nada, y en vista de que no se levantaba, la gente empezó a contar:

—¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro…!

Antes de que llegaran a diez, el árbitro se levantó de un brinco, no fuese que lo declararan K.O., sin darse cuenta.

Los dos rivales se observaban en el centro del *ring*.

Fueron a lanzarse de lleno otra vez.

Y en ese momento sonó la campana.

Fueron hacia sus rincones con paso firme, aunque Kelly hacía supremos esfuerzos para dominar el dolor que sentía en la cadera, cada vez más fuertemente.

Ingrid seguía con los ojos llorosos, clavando en él Una mirada patética.

Kaplan, con la mano apoyada en la culata del Señor Colt seguía los movimientos del joven, con expresión preocupada.

Kelly se derrumbó sobre la banqueta.

No era que estuviera castigado, ni mucho menos, pues los puños de Kid Gorila eran mucho menos duros de lo que parecía. Pero el dolor de la cadera le aconsejaba no permanecer de pie.

Su manager le preguntó:

—¿Qué? ¿Cómo va eso?

—Psché…

—Te ha cazado bien en un pómulo.

—Bueno, eso no tiene importancia.

—Descansa. Respira fuerte…

Pero Kelly respiró fuerte de verdad cuando oyó aquella voz susurrante junto a él:

—Cinco mil pavos si te dejas caer en este asalto. Soy el relaciones públicas de Kid Gorila. Cinco mil y un dos por ciento extra de la bolsa. ¿Hace?

Kelly no contestó.

Tenía que pensarlo, aunque el tiempo apremiaba.

El tipo que se había colado entre su manager y él y que llevaba una toalla al hombro como si tuviera algo que hacer en el *ring*, insistió:

—Di algo. ¡Va a sonar la campana!

Kelly tampoco contestó porque su manager le estaba secando la boca y no le dejaba hablar.

Fue su manager quien le preguntó:

—¿Podrás aguantar, muchacho?

Kelly movió negativamente la cabeza.

¡Y en aquel momento sonó el gong!

Kid Gorila había visto perfectamente el gesto negativo.

Comprendió que su rival no aceptaba la combinación.

Por su parte, Kelly pensó que la cosa estaba arreglada. A poco

fuerte que le atizase, no tendría más remedio que dejarse caer.

La multitud rugió cuando los dos contendientes se encontraron en el *ring*.

Y Kelly notó enseguida algo extraño en los ojos de Kid Gorila.

Porque Kid Gorila, por primera vez en su vida, tenía miedo. Kid Gorila se enfrentaba a un enemigo que no estaba «preparado» y que, por lo tanto, podría zumbarle.

Tenía un miedo espantoso al ridículo, y eso le dejaba sin fuerzas.

Y encima… ¡ocurría algo terrible!

¡Aquel extraño predicador que le apuntaba desde el borde del *ring*!

¡Le apuntaba con un «Colt» que parecía una pieza de artillería!

De todos modos, pegó con todas sus fuerzas, que habían disminuido peligrosamente. Alcanzó a Kelly, mientras el público aullaba de entusiasmo. Pero se descubrió tan completamente que Kelly le alcanzó de lleno a él, en justa contrapartida. Sus manos volvieron a moverse. Las cabezas temblaron a causa de los impactos.

Kelly pensó: «Bueno, ya he recibido bastante. La cadera me duele horriblemente. Un poco más y voy a caer de rodillas…».

De modo que salió despedido contra las cuerdas, patinó materialmente sobre ellas y cayó en la lona.

Justo en aquel instante, Kid Gorila pensaba: «Este tío pega como una mula… ¡Este tío me mata…! ¡Y encima el del revólver va a disparar!».

Vaciló, giró sobre sí mismo, fue a caer, pensando solo en tomarse un descansito y levantarse antes que el otro… y lo hizo con tan mala suerte que se estrelló de cabeza contra uno de los cuatro postes del *ring*, en los cuales no había protectores como los que se colocan ahora.

Sonó un solemne «catacloc».

El árbitro se puso amarillo.

Rojo.

Verde.

No sabía por dónde empezar.

El manager de Kid Gorila se dio cuenta de que su campeón acababa de recibir un trompazo de alivio y no se levantaría antes de contar diez.

Dijo a Kelly desde el borde del *ring*:

—¡Diez mil si te estás quieto!

Kelly, que estaba junto a él, musitó sin apenas mover los labios:

—No hace falta que me los pagues. Me estaré quieto. Después de todo, Kid Gorila ha tenido mala suerte.

Y escuchó al árbitro, que les estaba contando a los dos a la vez:

—¡Siete… ocho… nueve… out! ¡Out! ¡Doble out!

La gente aullaba de entusiasmo.

—¡Ésta sí que ha sido una pelea de verdad! ¡Cómo se han atizado! ¡Los dos han quedado fuera de combate!

—¡Pero a la próxima, Kid Gorila le mata!

—¡Habrá que ver la revancha!

Kelly se puso poco a poco en pie, fingiendo estar aún bajo los efectos del K.O.

¿Revancha? Sí, si…

Él sabía que no la habría.

Él no se metía en aquellos líos nunca más.

Al bajar del *ring*, Ingrid se abrazó a él apasionadamente.

—¡Has vencido! ¡Has vencido, Kelly…! ¡Ha sido todo maravilloso!

Kelly bisbiseó:

—¿Quién dices que ha vencido, nena?

Pero la gente, cuando está entusiasmada, no atiende a razones.

El reverendo Kaplan también estaba tan contento que pegaba brincos.

—¡Muy bien, chico! ¡Muy bien! ¡Esto tenemos que celebrarlo!

Y con el Señor Colt, hizo dos disparos al aire.

Kid Gorila pegó un salto tremendo e instantáneamente dejó de estar K.O.

—¡Atiza! —gritó—. ¡Ese tío aún no está conforme! ¡Ese tío me mata!

Y saltó del *ring*, poniéndose a correr como un condenado.

Las viejas historias del Oeste aseguran que Kid Gorila, con las ganancias obtenidas, se compró bosques enteros en Canadá.

Y que cada mañana siguió partiendo árboles de un solo hachazo.

Las viejas historias del oeste también aseguran que el reverendo Kaplan casó a Ingrid y a Kelly. Y que a partir de entonces, el muy cuco siempre predicó teniendo el Señor Colt en la derecha.

Sus sermones eran inacabables, y, la verdad, bastante aburridos. Pero nadie se atrevía a decir ni pío.

FIN

NOTAS

[1] Muchos combates de los tiempos iniciales del boxeo, y en especial en el Oeste, no tenían límite de asaltos, por lo que sólo se daban por terminados cuando un púgil se rendía o quedaba K.O. Los guantes que se usaban eran rudimentarios, por lo que se acusaban mucho más los efectos de los golpes, y tampoco existía la «cuenta de protección» hasta ocho, que se aplica al boxeador caído. Posteriormente, se buscó dar al boxeo una mayor humanización. (Nota del autor). < <